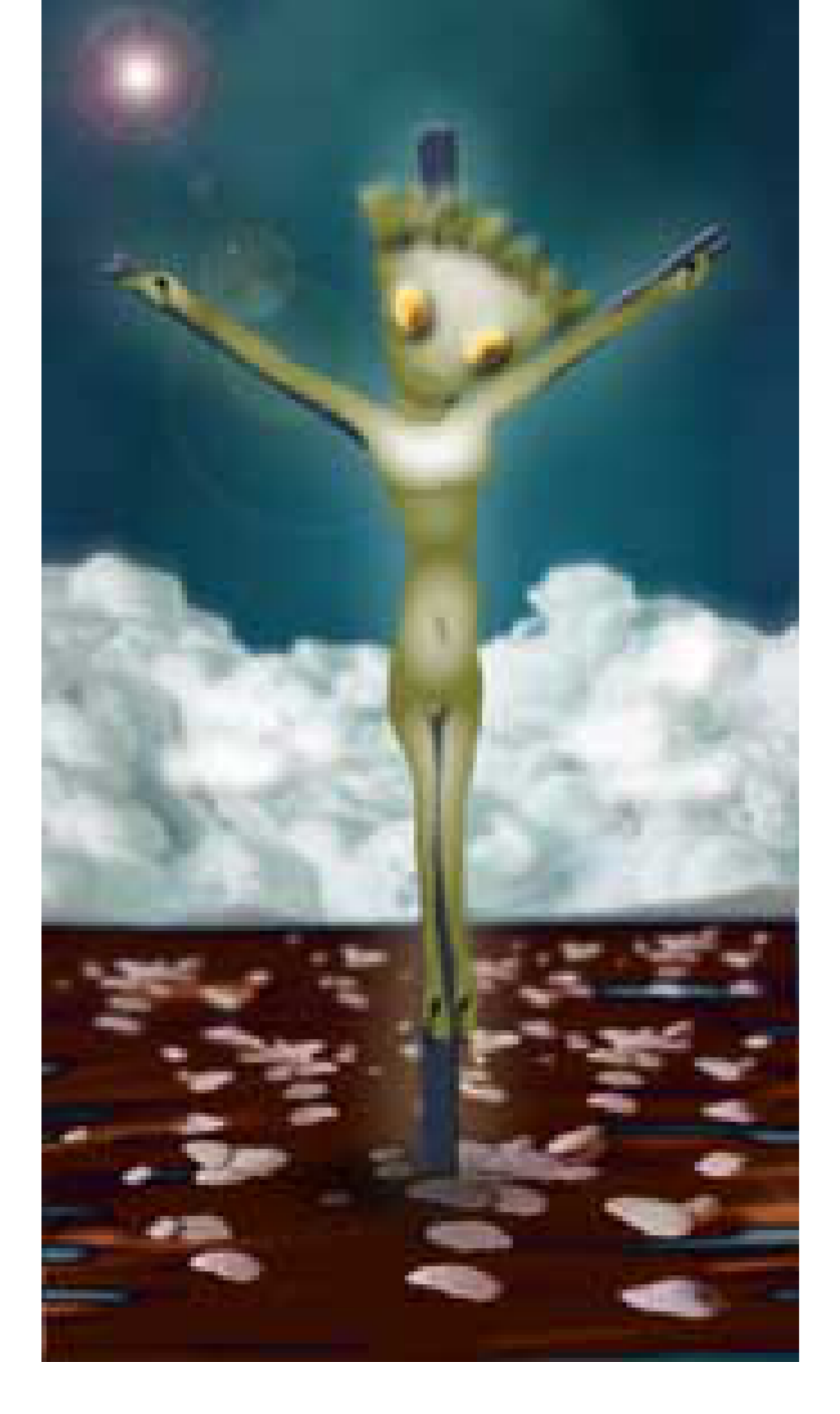


Axxón 115, junio de 2002

Editorial - Axxón 115

Me siento a escribir esto minutos después de la ceremonia de apertura del mundial de fútbol 2002. Un esmerado y hermoso trabajo de la gente de Corea, en el que mostraron muy bien su cultura, pero sin dejar afuera la tecnología y los cambios que produce el avance de los tiempos. Fue interesante ver esos hombres con vestimenta de monjes budistas, o algo similar (temo estar equivocando la imagen), con sus ropas milenarias y exóticas, con sus instrumentos de caña y bronce, tambores e intrincados estandartes, junto a cantantes pop con el mismo aspecto (hablando en general) que Shakira o Ricky Martin. Vimos hombres y mujeres con ropas típicas mezclándose en la danza con una especie de teletubies con caras de pantalla de TV. Los temas de los segmentos fueron la paz, la unión, la comunicación y el entendimiento entre las personas.

Una muestra de sagacidad la de los coreanos. La comunicación es el fenómeno que marca más fuerte la vida de las personas de esta era. Si hubiese escrito este Editorial hace una semana, lo dicho sería expresión puramente intelectual; pero hoy puedo decirlo visceralmente: me tocó estar incomunicado unos cinco días —sin teléfono—, lo que para mi mente (no para mi estómago, claro) fue como si me faltara la comida, el agua y el aire. ¿Por qué sin teléfono? Porque los muchachos de la provincia de Buenos Aires se están robando los cables. Lo hacen a plena luz del día: esta vez fue un domingo a las catorce horas. Pude determinarlo con precisión porque antes del almuerzo usé el teléfono y luego de comer traté de conectarme a Internet. Silencio en la línea.

No fue un corte común: nadie en el barrio tenía teléfono (excepto los que poseen un celular, por supuesto). Toda mi actividad digamos "productiva" de hoy en día está relacionada con esa línea. No tenerla me hizo sentir al borde del abismo, incluso más que hace un poco más de un año, cuando se acabó el contrato que tenía con la última empresa que tenía de cliente (y, por supuesto, mis ingresos para la supervivencia). Alguno que lea esto pensará que estoy exagerando, ¿"en el abismo"?, vamos. Pero para que me entiendan cabalmente debo agregar algunos detalles: la Telefónica (ya sabéis que es la misma que la vuestra, amigos españoles) de repente se volvió autista. En el número de Información todos los que atienden se lavaban las manos: hay que llamar a Servicio Técnico. La línea de Servicio Técnico, como todos saben, es

atendida por una máquina. Lo único que decía era: "Su pedido está registrado y lo atenderemos dentro de los plazos estipulados". Me preguntaba cuáles serían esos plazos. En ese triste período entre que se cayó la línea y me enteré de que éramos por lo menos ocho manzanas sin servicio me llegaron los más terribles rumores: hay 100.000 personas sin teléfono. No, son 200.000. hay gente que hace un mes que no tiene teléfono. No, dos meses. Otra gente —afortunados— lleva diez días esperando.

Por suerte el servicio volvió en cinco días, justo cuando estaba por cargar la computadora para llevarla a lo de mi madre, a catorce cuadras (suficientemente lejos como para haberse salvado del corte). Hoy pensaba mandar a Telefónica, o llevar en mano, una carta de protesta e intimación. Fueron momentos feos. Con tecnología, una portátil, celular, conexión satélite, me hubiese salvado. No tengo posibilidad de acceder a esa tecnología.

Y caigo en el tema de esta época. La comunicación es algo extraordinario. Un director de revista se comunicaba antes por carta, con retrasos del orden de un mes cuando se trataba de gente de otros países. Con suerte quince días. Hoy estoy sentado contestando mensajes en línea y ahí mismo me llega la respuesta de lo que acabo de escribir a alguien del otro lado del mundo. Costo: pulsos telefónicos locales. Me cuesta más caro comunicarme por teléfono con mi familia que está a 300 kilómetros, por ejemplo. Ni hablar de comunicarme con amigos en una provincia del norte, a cerca de dos mil kilómetros de distancia. Todo esto está muy bien, pero… ¿seguiremos contando con la tecnología?

Esperemos que sí, aunque en Argentina no está para nada asegurado. Cada uno de estos mensajes que escribo, este texto y el material que preparo cada día para atraer y entretener a los lectores, el material de noticias que recopila Alejandro para informar día a día, llega porque todavía perdura la tecnología que adquirió Argentina en los últimos años. Con plata prestada, que ahora no podemos pagar. ¿Seguiremos conectados? Repito: espero que sí. Si Argentina no paga la deuda, ¿nos permitirán estar conectados al mundo? Uno diría que sí: hasta Afganistán sigue en línea (alguna persona o personas de allá han entrado a la página de Axxón, por eso lo sé).

Las comunicaciones son esenciales para el progreso, no concibo una sociedad de hoy que pueda progresar sin ellas. Y son un factor esencial en la guerra y el poder. No sólo para atacar y tener preponderancia. También para coordinar y para detectar y para prevenir. De qué sirve tener avanzadillas, espías, informantes si no pueden hacer llegar los datos. De qué sirve tener las mejores armas

si no se sabe lo que está pasando atrás de una colina a la que hay que dirigirse. Un escritor de CF inglés, Arthur Clarke, inventó la idea del satélite geosincrónico. Hoy estos satélites —quienes los controlan— rigen el mundo. Saben mucho más que nosotros sobre el clima, incluso es posible —porque ya se hablaba de esto en términos prácticos hace cuarenta años y no creo que se hayan quedado dormidos— que puedan controlar el clima. No digo que sea fácil como en los cuentos de CF (mover un dial y ponerlo en "lluvia"), pero es posible que una escuadrilla de aviones o helicópteros (por qué no pequeños cohetes) pueda hacer que un frente de tormenta descargue su agua en el lugar deseado (piensen en qué importante es el agua —la falta o el exceso— y el clima reinante en un área agropecuaria para la producción de alimentos; y para cualquier actividad organizada). Si los habitantes del "lugar deseado" en el que se descargó la tormenta por obra y gracia de los que tienen el comando de los satélites no necesitaba esa lluvia, o los habitantes de más allá del "lugar deseado" sí la necesitaban y no llegó, bueno, la inundación o el exceso de agua (o granizo, o viento, o nubosidad) o la sequía será problema de ellos. Que inventen su propio sistema de control.

Eso sí, ni se te ocurra desarrollar tecnología parecida, porque para los que tienen el control será "un arma peligrosa en manos equivocadas".

Así está el mundo. Cuando lean esta revista y disfruten de ella, comprendan que es gratis para ustedes —lo ha sido desde hace más de doce años y seguirá siéndolo mientras podamos—, pero que no se hace gratis. Conectarse a Internet, tener la computadora encendida… y comer, cuesta plata. Esperemos seguir teniendo la mínima cantidad para seguir viviendo y seguir haciendo lo que nos gusta.

Eduardo J. Carletti, 1 de junio de 2002

Música en las venas

Carlos Gardini

Música.

Le zumbaba en la cabeza. Le gritaba en el alma.

Amaba la música de esa ciudad.

No sólo tango y rocanrol.

Bombos y bocinas. Trenes y estribillos. Marchas y mendigos. El silencio de los vivos y el berrinche de los muertos.

Recordaba los días sin música.

Había llegado a Buenos Aires con un oficio, un fajo de billetes y un nombre. El oficio era una habilidad que había adquirido en la primaria y había afinado en la secundaria. Su madre siempre había dicho que era muy cuidadoso con los útiles, que siempre le duraban años y estaban impecables. Él nunca le había aclarado que esos útiles impecables y duraderos eran de compañeritos que nunca se habían explicado su pérdida. Cuando se cansó de que su padrastro lo golpeara, le robó el fajo de billetes y se fue del pueblo. Triunfaría en la ciudad. A fin de cuentas se llamaba Esteban, no Eustaquio como el idiota de su hermano.

Se pagó una pensión barata mientras exploraba el ambiente. Al principio se había sentido perdido. Estaba al borde de la desesperación, contando las últimas monedas, cuando empezó a oír la música.

La ciudad le hablaba.

Era pura magia, y sólo era cuestión de escuchar.

Cuando aprendió a escuchar, la ciudad empezó a tratarlo bien. Tuvo un par de buenos golpes, billeteras con fajos de dólares. Y la ciudad le siguió sonriendo. La música continuaba, y él adivinaba quiénes llevaban plata en el bolsillo y quiénes no. Dejó la pensión para alquilar un departamento modesto.

Cuando llegaba al departamento, era un chico tímido y bien educado que saludaba al portero y no creaba problemas con los vecinos. A veces él mismo se creía esa imagen, tanto que hasta pensó en buscarse un empleo decente. Pero su mundo era la calle, y esas ideas raras no le duraban mucho. ¿En qué empleo decente le habrían pagado por hacer lo que sabía? ¿En qué empleo decente lo

habría guiado la música?

La música le había ayudado a afinar su arte. Sabía arrebatar, birlar, hurgar, extraer, cortar y correr. Algunos preferían el tren, el subte, el colectivo o los bancos. Él era experto en todos los rubros. Algunos preferían el centro, Retiro o Constitución. Él era baqueano en todas las zonas. En cinco años de profesión, había juntado ahorros y nunca lo habían prontuariado ni había irritado a la competencia. Era metódico y respetuoso.

Seguía recetas simples: trabajar solo, ser simpático con los pibes que trabajaban para otros, no tocar drogas y no pasarse de ambicioso.

Lo importante era seguir la música. Cuando descansaba en el departamento de Lugano, mirando el barrio por la ventana, sentía esa música en los nervios.

Era una música de bronca y muerte. Una música compuesta por mil sonidos que todos oían pero nadie escuchaba.

El gorgoteo de las alcantarillas tapadas en días de lluvia, el pedorreo de los colectivos, el tintineo de las monedas en las latas de los mendigos, el canto ronco de los vendedores que ofrecían baratijas en los trenes, el griterío de los juegos de video, los murmullos de los tórtolos en las plazas, el chirrido del óxido en las cañerías.

Odiaba la ciudad, pero amaba su música. Una cosa no iba sin la otra. Si hubiera querido la ciudad, habría sido como esos viejos aficionados al tango que evocaban una Reina del Plata de bulines y una Corrientes paradisíaca. Al odiarla, había comprendido sus exigencias, y había sabido escucharla.

Y la música lo había protegido.

La música era sangre en las venas, y nunca se coagulaba.

Un mal día.

Empezaba a preguntarse si no pecaba por exceso de prudencia. Había probado en el subte de Corrientes, pero cada vez había más vigilancia. Había tomado un colectivo a Retiro, había subido a un tren, había ido a Chacarita. De nuevo, subte colectivo Retiro. Nada, salvo gastar plata en viajes. Ni una mísera billetera. Cuando vio al hombre del maletín, pensó que era un regalo del cielo.

El tipo cruzaba la plaza Retiro mirando la Torre de los Ingleses con cara de turista. Lento, distraído. Llevaba el maletín

colgado de un dedo, lo más campante. Pedía a gritos que se lo robaran.

Poca gente alrededor, con un sol mortífero y cuarenta grados.

Se le acercó con sigilo por detrás. Miró el maletín, calculó el tiempo que tardaría en arrebatar, llegar a la calle, cruzar. Esperó el cambio de semáforo y empezó la cuenta, calculando el momento en que arrancarían los autos. El tipo no llegaría a cruzar, y no lo alcanzaría nunca.

Contó para abajo con los dedos.

Cinco, cuatro, tres, dos.

Amaba esa cuenta regresiva. Le dictaba instrucciones al cuerpo para que después actuara en automático.

Uno.

Cuando llegara el momento, ya no podría pensar.

Cero.

Pegó un salto, le arrancó el maletín de entre los dedos. Una sola mano, firme, la otra libre para apartar al que se interpusiera, para agarrarse de una columna y dar el giro, para mantener el equilibrio. Inició la cuenta ascendente. La cuenta ascendente era su cronómetro, la medida de su perfeccionamiento. Cuando iba lento en su cuenta ascendente, sabía que era momento de tomarse un descanso.

Uno. Un salto en el pasto, de vuelta en la vereda.

Dos. A toda carrera, hacia la esquina.

Tres. El semáforo cambiando las luces. Corrió por delante de los autos que arrancaban.

Cuatro. En la vereda de enfrente, la calle Madero.

Cinco. Sin dejar de correr, echó una ojeada hacia atrás. El tipo no se había movido, no había gritado ni nada. Seguía plantado frente a la Torre de los Ingleses con cara de turista. Lo había dejado totalmente pasmado.

Seis, siete, ocho, nueve… La quemazón en el pecho y los pulmones, el bombeo en las piernas.

A los *veinte* llegó a Córdoba y Madero.

A los *treinta* caminaba por Córdoba hacia Florida. A los *sesenta,* era un peatón más paseando por Florida, lo más campante con su maletín.

Otro récord. Siempre por encima del margen de seguridad. No estaba mal por ser un día de cuarenta grados.

En el maletín había algo pesado, algo que chocaba contra los costados. Tal vez hubiera algo más que estúpidos papeles. Tal vez hubiera salvado un mal día.

Al abrir el maletín en el departamento, encontró una carpeta, lapiceras, una calculadora, una revista, un estuche, una especie de caja.

Abrió la carpeta. Había hojas pentagramadas, como las que usaban los músicos, algunas de ellas garrapateadas. Las lapiceras eran biromes comunes, baratas. Ya tenía más lapiceras de las que nunca usaría en su vida, pero no venían mal para regalárselas a los pibes.

Ídem la calculadora; los pobres pibes no sabían sumar ni restar, pero les gustaba apretar las teclas y mirar los numeritos. Él seguía la política de las empresas importantes. Las empresas importantes te regalaban pavadas y la gente se quedaba contenta. Más papeles, hojas en blanco. La revista estaba en inglés; no entendía nada, pero con lo poco que había aprendido en la escuela reconocía algunas palabras; la guardaría para mirar las fotos, o para darse corte.

En el estuche, una cuchilla de acero. No le vendría mal.

Había dejado la caja para el final, porque parecía lo más valioso. La estudió con mayor atención. Parecía un animal de cinco patas, con las patas unidas como un novillo enlazado.

Buscó el modo de abrirla. No parecía tener tapa, pero cuando tocó el extremo de las patas, éstas se separaron y la caja zumbó.

Música.

Sabía algo sobre cajas de música. Una vez había robado una para regalársela a un amigo, pero nunca había visto semejante terminación. No podía identificar el material, pero parecía una madera muy fina, un trabajo muy artesanal. Ahora estaba convencido: había salvado el día.

Se quedó escuchando la música y mirando la caja. Palpitaba como si estuviera viva.

Volvió a tocar las patas. Se cerraron y la música dejó de sonar. No entendía bien el mecanismo, pero la caja era una exquisitez.

Se fue a preparar un sándwich de mortadela. Lamentó no tener jamón en la heladera. Esta noche merecía un festejo. Mientras se preparaba el sándwich se puso a tararear, y notó que estaba

tarareando la melodía de la caja.

Volvió a examinarla y empezó a preocuparse. La caja de música parecía tan especial, tan exclusiva, que podía resultar peligrosa.

Ahuyentó esa preocupación. La llevaría a una casa de confianza y la vendería por lo que le dieran. Siempre sería más de lo que ganaba en un día normal.

La abrió de nuevo. La caja seguía palpitando, y él seguía tarareando la melodía. Miró la hora. Las dos de la mañana. Se había pasado cuatro horas con la caja, y no había comido el sándwich de mortadela. Ni se acordaba de cómo se le había ido el hambre.

Se fue a acostar, cerró los ojos.

Al rato los abrió, se levantó, fue a buscar la caja. No podía quitarse la melodía de la cabeza.

Sentía un hormigueo en todo el cuerpo.

Música en las venas.

Un golpe en la puerta.

Se despertó sobresaltado. Miró la hora. Las diez de la mañana. Había dormido más de la cuenta, con esa maldita música en la cabeza.

Otro golpe.

Fue a la puerta y abrió sin preguntar. Debía ser el encargado, que siempre lo fastidiaba con algún pretexto, aunque Esteban sabía muy bien el motivo. Le había oído hablar con un vecino, diciendo que no quería cabecitas en el edificio. Como si ese encargado fuera el dueño, o como si fuera tan blanquito.

No era el encargado. Era un hombre alto, con anteojos oscuros y sobretodo.

El tipo del maletín.

Iba a cerrar de un portazo, pero la noche mal dormida y la sorpresa le habían embotado los reflejos. El hombre trabó la puerta con el pie, alzó la mano para calmarlo, le ordenó silencio apoyándose un dedo en los labios, esperó una respuesta.

Esteban vaciló, pero no quería escándalos y prefería negociar. Retrocedió, lo dejó entrar. No sentía miedo sino vergüenza, humillación, bronca. Le molestaba que lo hubieran cazado de ese modo. El campeón, el invicto, se había dejado sorprender con la

guardia baja y ahora lo arrinconaban contra las cuerdas.

Era esa música.

¿Y cómo había hecho el tipo para encontrarlo? Esteban pensó en esas películas que había visto con los pibes en un bar. Te metían un rastreador en el coche y te seguían con un aparato. Sacudió la cabeza. ¿*Coche*? ¿En qué estaba pensando?

—Tranquilo —dijo el hombre, cerrando la puerta—, vos y yo tenemos que hablar.

Entró como si estuviera en su casa, buscó un lugar donde sentarse, se entreabrió el sobretodo, se quitó los anteojos, ocupó la única silla, frente a la única mesa de la única habitación. Olió y puso cara de asco.

—Las cosas andan duras, ¿eh? —dijo, echando una ojeada al departamento.

—Al contrario —dijo Esteban—. Las cosas andan bastante bien.

¿Qué se creía ese tipo? No era un palacio pero era un techo. No era la villa ni era la calle.

El tipo miró el rincón donde estaba tirado el maletín, con las hojas pentagramadas, la calculadora, las lapiceras, el estuche. Miró el colchón donde estaba la caja de música.

Esteban empezó a hablar, pero el hombre alzó el índice y lo movió como si fuera un péndulo.

—No me digas que ibas a devolverlo.

Si mentía, lo pasaría mal. Mejor ir de frente.

—No, pero se lo puede llevar. Esto es todo lo que había. Le juro que no vendí nada. Además nadie sabe que lo tengo yo. Trabajo por mi cuenta.

—Tranquilo —dijo el hombre—. Quiero que te acerques.

Esteban se acercó. Se sentía desprotegido. Todavía estaba en calzoncillos. Ni siquiera se había lavado la cara, ni siquiera había orinado. Sentía el eco de la música en la cabeza,

—¿Por qué no te vestís? —le dijo el hombre con voz paternal —. Vos y yo tenemos un problema, y tenemos que arreglarlo.

—Sí, señor —dijo Esteban.

Mientras se vestía, vio de reojo que el hombre se quitaba el sobretodo, lo plegaba cuidadosamente y lo apoyaba en el respaldo de la silla. Pulóver, jeans, zapatillas. Un tipo normal, si se podía llamar normal a un fulano que aparecía en Lugano a las diez de la

mañana cuando sólo lo había visto una vez en Retiro a las siete de la tarde.

—No te vendría mal un poco de limpieza —dijo el hombre mientras Esteban se lavaba la cara en el baño.

—Sí, señor.

Cuando salió, el hombre acababa de lavar un par de vasos en la cocina.

—Por lo menos tenés detergente —dijo—. ¿Por qué no preparás un café?

—Sí, señor. Tengo instantáneo. Del bueno. Nescafé.

—Sos un bacán —dijo el hombre, sentándose en la silla.

Esteban preparó el café, se lo llevó a la mesa.

—¿Azúcar?

—Lo tomo así —dijo el hombre.

Bebió el café lentamente.

—Tal vez nunca te hayas puesto a pensar —dijo el hombre, con voz de profesor—, pero vivimos en un mundo muy raro. Las cosas se anudan y desanudan.

—Sí, señor —dijo Esteban.

Sólo quería que el tipo agarrara el maletín y se lo llevara de una vez, pero era mejor seguirle la corriente.

El hombre le pidió que se acercara.

—Las cosas se pliegan y repliegan —dijo—. ¿Has pensado en eso?

—Sí, a veces. ¿Quién no?

El hombre se levantó y lo tumbó con una bofetada que le partió el labio.

La puta que te parió, pensó Esteban, pero no llegó a decirlo. El hombre lo encañonó con el índice, bajó el pulgar como un percutor y se sopló la punta del índice.

—Ni se te ocurra gritar.

Esteban se masajeó el labio. No le importaban los golpes, pero ese guacho era capaz de denunciarlo y crearle un problema, arruinarle una carrera tan limpia.

—¿Por qué no se lleva todo y me deja tranquilo?

—Sólo me aseguro de que entiendas.

Le agarró el pelo, lo levantó, le encajó un trapo de cocina en

la boca, lo tumbó de bruces. Sin soltarle el pelo, le pidió que se quitara el cinturón. A Esteban le temblaban tanto las manos que apenas podía manejar la hebilla, pero logró desabrocharla, deslizar el cinturón.

—Las cosas se ovillan y desovillan —dijo el hombre, recobrando su voz de profesor.

Le sujetó las manos por detrás con el cinturón, lo levantó, lo obligó a sentarse de espaldas contra la pared.

—Ayer te pasó algo que no esperabas. Ese maletín se metió en tu vida.

Le sacó el trapo de la boca.

—No grites.

Era una orden directa a las cuerdas vocales. Si Esteban hubiera querido gritar, no le hubieran respondido.

—No grito —dijo Esteban.

—En cambio, quiero que cantes.

Esteban lo miró boquiabierto.

—Entendiste bien —dijo el hombre—. Quiero que cantes.

Esteban tenía un nudo en la garganta y en vez de cantar lloró, como si respondieran los ojos en vez de la garganta. Al fin, después de las lágrimas, logró cantar algo, un sonido lastimero que poco a poco desembocó en una melodía. Era la melodía que había escuchado en la caja de música.

El hombre cabeceó aprobatoriamente.

—Eso es —dijo—. Así me gusta. Quiero que sigas así.

Mientras Esteban canturreaba en el suelo, el hombre recogió los papeles, la lapicera, la calculadora y el estuche de la cuchilla y los guardó ordenadamente en el maletín. Apoyó la caja de música en la mesa.

Esteban se estaba asustando de veras. Ya no le importaba que lo denunciaran o lo que fuera. No podía gritar, y con gritar no ganaría mucho. La del B gritaba cuando le pegaba el novio, y el chico del C cuando le pegaban los padres, y lo único que conseguían eran chistidos de los vecinos. Siguió canturreando, miró la puerta. Ahora que el otro estaba distraído, podía tratar de escaparse.

Cinco, pensó.

Cuatro, tres, dos. Se levantó.

Uno. Llegó a la puerta, se dio vuelta para abrirla con las manos amarradas a la espalda.

El hombre giró, le asestó un golpe con el maletín, lo tumbó de nuevo en el rincón. Se acercó, se arrodilló junto a él, lo acomodó contra la pared, le limpió la sangre del golpe con el trapo de cocina.

—¿Cómo te llamás? —le preguntó.

—Esteban.

—Esteban, no me entendiste. Tenés que cantar, no correr —dijo. Volvió a sentarse en la silla, tomó la taza de café, bebió un sorbo—. No está mal, por ser Nescafé.

La mención del Nescafé fue como un gatillo. Esteban se puso a cantar.

Y siguió cantando, cantando, cantando.

Poco a poco notó que no cantaba la melodía que había escuchado en la caja de música, sino otras melodías que parecían derivar de la original, temas y subtemas que se entrelazaban naturalmente y acudían a su cabeza sin que él necesitara pensarlo.

Empezó a sentirse sucio, y pronto comprendió de dónde venía la suciedad.

La música de la caja encerraba en sus intersticios la música de la ciudad, la música de bronca y muerte. Todo se anudaba y se desanudaba. Todo se plegaba y replegaba. Todo se ovillaba y desovillaba.

En cierto modo ese tipo y él eran hermanos.

—Somos hermanos —le dijo.

—En efecto —dijo el tipo con una sonrisa. Sin dejar de sonreír, terminó el café, se le acercó y le pegó con todas sus fuerzas.

El mundo se esfumó.

Despierta con el cuerpo entumecido. Un cable le sujeta las manos a un caño. Mira alrededor y ve que está en un viejo vagón de subte, pero no en un túnel sino en lo que parece una playa ferroviaria. Por la ventanilla ve otros vagones de subte, oxidados, los vidrios rotos. Está en el corazón de la chatarra, lo más inmundo de esta ciudad inmunda. Sopla viento en la playa ferroviaria. Un gemido de madera, vidrio y fórmica: el canto fúnebre de estos vagones abandonados se suma a la música que palpita en sus venas.

El hombre alto está frente a él, sobretodo y anteojos negros. *

¿Qué hacen ahí?*

—Un lugar íntimo, apropiado —dice el hombre alto, como

leyéndole el pensamiento.

—¿Por qué no se lleva la caja y se deja de joder? —dice Esteban, sin gritar ni lloriquear. Tiene miedo, pero no quiere pasar por maricón.

El tipo sonríe aprobatoriamente, como si le gustara la frase.

—Por qué no me llevo la caja. Eso es gracioso. Nunca debiste robarla. ¿Pero cómo podías evitarlo? La música te atrajo. La música te atrapó.

Esteban asiente. Hay algo de verdad en lo que dice ese tipo.

—Mi nombre es Lamas —se presenta el tipo. Le extiende la mano, como olvidando que Esteban las tiene atadas. Ríe entre dientes, se disculpa por la distracción—. Vos eras Esteban.

—Sí, señor.

—Vos abriste esa caja, Esteban.

—Sí, señor.

—Felicitaciones. No cualquiera puede abrirla. Hasta ahora, sólo yo podía.

Esteban entiende perfectamente de qué le habla. No tiene sentido fingir lo contrario. Aunque odie y tema a ese hombre, lo que sintió antes del golpe era cierto. Son hermanos, están hermanados por la música.

La música de muerte y bronca: la misma sangre en las venas.

—La música nos absorbe, nos llama, nos exige —dice Lamas.

Esteban cabecea. *Nos exige*, repite mentalmente. No entiende esa parte, pero no dice nada.

Lamas abre la caja de música.

—Escuchá los pliegues y repliegues que se ovillan y desovillan dentro de la melodía. Escuchá atentamente, y vas a ver que no podés escapar. Por eso me robaste el maletín.

—No quise ofender —dice Esteban.

—Al contrario, hijo. Hace años que te espero.

Esteban se pone a llorar. Está amarrado a un caño en un tren abandonado en una playa ferroviaria mugrienta. No entiende por qué ni quiere entenderlo. No quiere que ese chiflado lo llame hijo, pero sabe que hay cierta verdad en lo que dice. Lo sabe porque siente el hormigueo, la música en las venas.

—¿Qué tengo que hacer?

—No tenés que hacer nada, Esteban. Sólo cuidarme la caja.

—¿La caja de música?

—La caja de música.

—¿A cambio de qué?

—A cambio de muchas más cosas de las que creías que ibas a tener en tu vida.

—Creo que no entiendo.

Lamas mira la caja pensativamente.

—Ah —dice—, aquí viene la parte donde te cuento la historia de mi vida.

—En la trama del mundo hay pliegues de maldad y sufrimiento, y esos pliegues tienen vida propia. El mundo es un libro lleno de erratas, pero las erratas tienen sentido y corregirlas es un error.

Esteban sacudió la cabeza. No entendía ni jota. Le dolían las muñecas atadas al caño. Miró el vagón viejo y sucio.

—No entendés —dijo Lamas.

Le dio otro golpe, pero esta vez despacio, como para despabilarlo. Casi una caricia.

—Está bien. La historia de mi vida. Pero la voy a hacer corta. ¿Te parece bien?

Esteban cabeceó. *Como si te importara lo que pienso.*

—Fui un chico pobre, como vos. ¿Tenés familia?

Esteban se encogió de hombros.

—Exacto —dijo Lamas—. Mi caso fue igual.

No habló de su familia. Habló de sus estudios de música, de sus trabajos como mensajero, mozo y lavaplatos, del puesto que consiguió en una orquesta, de la música que componía.

Una sombra le cruzó la cara, el recuerdo de una humillación. Pero su expresión cambió de repente.

—Los sonidos son algo más que sonidos. La música es magia. Literalmente. Puede cambiar la forma de las cosas. ¿Sabías eso? Claro que lo sabías. De lo contrario no habrías podido abrir la caja.

Esteban asintió. Le costaba seguir la conversación, pero aquí entendía muy bien a qué se refería.

—Aprendí a almacenarla —continuó Lamas—. Esta música. La que compartimos. En la caja de música. Esta caja es mi creación. La caja de música es una caja de resonancia. Recibe, amplía,

multiplica. *Magia.*

—Magia —repitió Esteban. Era la única palabra que entendía de veras.

—Las cosas se ovillan y desovillan —dijo Lamas—. Yo no tuve fama como músico, pero sin embargo descubrí el corazón de la música, y gracias a la música obtuve un poder que no esperaba. La música me enseñó a crear la caja, y la caja multiplicó la música, y la música me dio un aura, una protección.

—Una protección. Sí, señor.

—La caja me dio un poder sobre las cosas. Si apostaba a la lotería, ganaba. Si invertía ese dinero, se multiplicaba. Si pedía favores, me los hacían. Si quería mujeres, las tenía. Hubo un momento en que habría podido ser un músico famoso con sólo desearlo. Sin embargo, el instinto me decía que era mejor pasar inadvertido. Si quería el poder que me daba *la* música, debía abandonar *mi* música.

Lamas se agachó frente a Esteban. Lo miró a los ojos.

—¿Sabés cómo se llama eso? —preguntó.

¿Cómo carajo voy a saberlo, demente?

—¿Cómo se llama? —dijo Esteban.

—El *precio* de la magia. Ese fue el precio que pagué por crear la caja.

»Con el tiempo, dejé de componer.

»Con el tiempo, me cansé de la música.

»Pero la música aún me perseguía.

»Necesitaba irme de aquí.

—Pero no se fue —dijo Esteban, con repentino desinterés.

—No podía. No podía deshacerme de la caja de música, tenía que confiársela a alguien. Y sólo podía confiar en alguien muy especial. Alguien que escuchara la música de la caja.

—¿Por qué no rompió la caja?

—No puedo romper la caja —dijo Lamas—. Lo pensé muchas veces, pero no sé qué pasaría. Quiero deshacerme de la magia, quiero irme a Tahití, Bahamas. Cualquier lugar que tenga una h.

—¿Por qué una h?

—Una broma, hijo.

—Ja —dijo Esteban.

—Quiero deshacerme de la magia, pero tengo miedo de que

se vuelva contra mí si rompo la caja. Además, sería demasiado sacrificio. Necesito a alguien como vos, que pueda reemplazarme..

—Yo no quiero reemplazarlo.

—¿Qué sabés lo que querés? ¿Has visto estos anteojos? —Se quitó los anteojos negros—. Estos anteojos valen más que todos los muebles que tenés en ese departamento de mierda. Tu vida es como este vagón, hijo. Tu vida es chatarra. ¿Y no querés reemplazarme? Lo que vos querés es terminar en cana.

—Nunca me agarraron.

—Podés empezar hoy mismo, si te denuncio. Pero no tengas miedo, no es mi intención. Es sólo un ejemplo de que vivís con una espada de Damocles sobre la cabeza.

—¿Una espada de qué?

—No importa. Te estoy haciendo una buena oferta, pero vos preferís ser un ratero. La magia tiene esas cosas —suspiró Lamas.

—¿Por qué no rompe la caja?

—No puedo. Esa caja es lo mejor de mí.

Le acercó la mano izquierda a la cara. Esteban retrocedió, temiendo que le pegara. Lamas le acarició la mejilla.

—Es dura —dijo Esteban, mirando la mano con repulsión.

—Es dura, es artificial, no existe. Mi verdadera mano está aquí.

Lamas señaló la caja. Puso al lado la mano derecha. Esteban notó que las cinco patas de la caja eran el reflejo simétrico de los cinco dedos de la mano de Lamas.

—La magia tiene su lógica y tiene un precio —dijo—. Para crear mi mejor instrumento, tuve que sacrificar lo mejor de mí. La música me lo ordenó. La caja es de carne humana. Mi carne. Descubrí que podía modelar la carne con la música. Esa caja es mi mano.

Esteban miró la caja con asco y miedo.

—Está loco.

—Claro que sí. Y vos también.

—¿Qué va a hacer conmigo?

—Nada. Voy a soltarte. Voy a dejar que decidas.

—¿Y si digo que no?

—Te dejo en paz y volvés a eso que llamás vida.

Le aflojó las correas. En cuanto tuvo las manos libres,

Esteban se acarició la cara magullada.

—Los machucones te van a ayudar a pensar —dijo Lamas—. Te van a recordar que estás perdiendo tu gran oportunidad.

—¿Cómo sé que no me miente?

—Sabés que no te miento. Si pudiera mentirte, no te habría elegido.

Esteban lo miró un rato en silencio.

—No puede ser tan fácil —dijo al fin.

—¿A qué te referís?

—La plata, el poder, todo eso. Yo no soy nadie. No puede ser tan fácil.

—No, no es tan fácil. A veces te sentís solo. Y la música no se comparte con nadie.

—¿Y los amigos?

—Francamente, con tanta plata no vas a tener muchos amigos leales. ¿Pero cuántos amigos leales tenés ahora?

Esteban trató de contarlos, desistió.

—Te sobran los dedos de una mano, ¿te das cuenta? —dijo Lamas. Se miró su única mano y se echó a reír.

Esteban lo miró con mala cara y por un segundo fue dueño de la situación: Lamas se puso serio y cambió el tono de voz.

—Sos chorro, no tenés amigos y no tenés un mango —dijo—. ¿Y yo qué te ofrezco? Ser rico pero honrado. Decime qué podés perder.

Esteban lo miró con gravedad.

—Es todo cierto —dijo sin creer lo que decía—. Lo que usted me dice es todo cierto.

—Absolutamente, hijo.

Esteban sintió ese hormigueo en las venas. Era un chillido. Una orden de la música, y tenía que obedecerla.

—Está bien —dijo.

Lamas asintió.

—Entonces sólo falta un detalle —dijo.

—¿Qué falta? —dijo Esteban, restregándose las muñecas doloridas.

—Tu mano, por supuesto —dijo Lamas, abriendo el estuche de la cuchilla.

Un rugido de catarata, un crujido de hojarasca.

Era un tronco corriente abajo.

El agua de la música lo arrastraba, lo revolcaba, lo arrojaba contra las orillas, lo descortezaba con manos blandas pero enérgicas. El cielo era un remolino.

Vértigo y dolor.

Así, cada noche, durante diez años.

Y en medio de ese sueño, otro sueño que era un recuerdo. Su mano cortada y ensangrentada acercándose a la otra mano, a la caja de música, sus dedos como patas. Su mano y la caja fusionándose mientras la música chisporroteaba como fuego, cauterizándole el muñón, devorando sangre en un vagón abandonado.

Y después magia y poder. Todas las promesas de Lamas se habían cumplido.

Y cada fin de mes, durante diez años, una postal de Tahití: *Al fin libre, al fin silencio*. Siempre el mismo mensaje en una letra cada vez más desquiciada.

Una vez Lamas había mandado una foto. Estaba demacrado, como si el sol lo estuviera consumiendo. No parecía liberado, sino idiotizado.

Esteban leía las postales frente a la repisa donde estaba la caja. Leía durante una hora, como si esa postal de tres o cuatro líneas fuera un libro. Leía la postal y miraba la caja.

Ahora la caja de música era doble, y evocaba un animal de cinco patas apoyado en su reflejo. Vetas rojizas atravesaban su textura carnosa.

La repisa estaba sobre la chimenea de un vestíbulo enorme cuyas puertas ventana daban a un fondo con pileta y árboles. El vestíbulo era uno de los cinco ambientes de la casa, decorados por un profesional. Junto a la caja de música se apilaban invitaciones, felicitaciones y participaciones de gente que Esteban ni siquiera conocía. Hasta había salido en revistas donde mostraban la casa. Las revistas no decían “cabecita negra” sino “tez morena”.

Estaba robando, y lo sabía. Había vivido mucho tiempo del robo y no le había importado. Era su oficio, su especialidad, su arte.

Ahora robaba almas.

La caja de Lamas recogía la música del dolor y la amplificaba, alimentándose del nuevo dolor que creaba. Recogía cada nota maligna y expandía su poder.

Y él era un tronco en la corriente de esas notas. Esteban aún

sentía la música en las venas, pero era un veneno.

El día en que recibió la postal número ciento veintitrés de Tahití, Esteban decidió deshacerse de la caja.

No podía romperla, pero se aferraba a la esperanza de que alguien se quedara con ella, alguien la cuidara sin necesidad de pagar el precio.

Era una esperanza vana, y lo sabía.

Aun así se puso a recorrer los viejos lugares, los lugares donde había arrebatado, birlado, hurgado, extraído, cortado y corrido. En una apelación mecánica a la magia, repitió el recorrido que había hecho el día en que había robado la caja. Retiro, Chacarita, subte, colectivo, Retiro. Trató de sentir nostalgia, pero el viaje lo aburrió.

Se sentó en una confitería de la estación y pidió un café. Inició la cuenta regresiva.

Cinco, cuatro, tres… Cuando llegó a *cero*, pagó el café, dejó una buena propina y se fue, dejando el maletín en la silla.

Inició la cuenta ascendente.

Al contar *cuatro*, llegó a la esquina. Al contar *veinte*, llamó un taxi y se fue a casa. No había batido ningún récord, ni le importaba.

Estoy libre, piensa, aunque sabe que no puede ser tan fácil.

Está preparando la encomienda con plata para mandarle a Eustaquio, como todos los meses. Su hermano idiota es tan idiota que ni sabe cobrar un giro o un cheque. Esta vez no le enviará nada a su madre. El imbécil que vive con ella ni siquiera sabe cuidar del pobre Eustaquio.

Llaman a la puerta. Esteban decide atender personalmente.

Una chica, un maletín.

La chica sonríe, como si no supiera qué decirle.

—¿Sí?

—¿Lo reconoce? —pregunta la chica, alzando el maletín.

Esteban abre la boca pero no habla.

—La confitería de la estación. Se lo olvidó allí hace unos días.

Esteban murmura las gracias.

—Perdón por no venir antes —dice la chica—. Ni siquiera

pasó en mi turno. La confitería no quería mandar a nadie y tuve que venir por mi cuenta. Me pareció que era importante.

—¿Cómo supiste la dirección?

—Creo que había una tarjeta, aquí afuera. No, ya no está. Alguien la habrá visto y me la habrá dado.

Esteban sabe perfectamente que no había ninguna tarjeta en el maletín. La caja no quiere dejarlo en paz.

La chica ríe dulcemente. Parece esperar algo.

—Esperá, ya vengo.

—No, oiga. No tiene que darme nada.

—Por lo menos pasá. Dejame agradecerte con un café.

La chica ríe de nuevo. Es una risa boba, pero no porque la chica sea boba sino porque es tímida.

Entray y se pone a tararear. Esteban reconoce la melodía.

Examina el maletín. Intacto. No está forzado. Esteban siente una llamarada en el estómago. No ha logrado deshacerse de la caja, pero la caja ha encontrado a alguien que reconoce la música. Como él, hace diez años. La chica ni siquiera sabe que la música la ha guiado. Esteban recuerda el día en que conoció a Lamas y piensa que ahora es su turno de liberarse.

La chica sigue tarareando.

Esteban abre el maletín, saca la caja de música y la lleva a su lugar de costumbre, la repisa.

Va a la cocina a preparar un par de instantáneos. Nescafé. El peso de la costumbre. Cuando vuelve, la chica está admirando la caja.

Extiende las manos sobre el fuego.

Sonríe de nuevo al verlo llegar. Tiene una sonrisa espontánea.

Esteban le mira las manos extendidas. Son hermosas. No son manos de mesera.

Mi turno de liberarme, piensa Esteban, y vuelve a sentir una llamarada en el estómago. La música ha palpitado tantos años en sus venas que es una úlcera.

—Le estaba envidiando el hogar —dice la chica—. Es lindo tener hogar de leña.

—También envidiabas la caja de música —dice Esteban, pero no es un reproche.

—Le habrá costado una fortuna.

—Lo más valioso que tenía —dice Esteban.

Se acerca a la chica.

—Quiero que cantes lo que tarareabas antes.

—¿Lo que tarareaba antes?

—Cuando entraste.

Una sombra de desconfianza cruza la cara de la chica, pero pronto prevalece la inocencia.

—¿Esto? —pregunta, y se pone a cantar.

Esteban le toma la mano, y ella acepta el gesto con naturalidad. Esteban le aprieta la mano con fuerza. La chica no se resiste.

Esteban siente la tentación de cortar esa mano perfecta, la imagina acompañando a la suya por una eternidad, en la caja de música. Una caja triple. Pero la caja triple siempre estaría infestada por la presencia de Lamas.

Con la otra mano, la mano ortopédica, Esteban toma torpemente la caja de música, la abre. Las dos manos que forman la caja se separan delicadamente. La música empieza a sonar.

La chica se sorprende de que sea la misma música que ella canta.

—Es asombroso —dice Esteban—. Ni siquiera la habías abierto.

La chica deja de cantar, como si se sintiera acusada. De pronto parece notar que él le aferra la mano. Esteban la tranquiliza con un gesto, le pide que siga cantando, se pone a cantar con ella. Le aprieta la mano con todas sus fuerzas, para vencer la tentación de cortarla.

Ni siquiera la había abierto. Mira esa sonrisa y ve la llamada de la absolución. Hay un precio. El precio que Lamas no quiso pagar.

De golpe, como si se arrancara un órgano vital, Esteban arroja la caja al fuego. La chica lo mira desconcertada, intenta detenerlo, estira la otra mano hacia la caja, pero él la detiene.

Las llamas lamen la caja. Esteban siente un dolor desgarrador en el muñón.

—Quiero que sigas cantando —le dice a la chica—. Quiero que cantes conmigo.

Ella lo mira a los ojos y canta. La lúgubre música de la caja

adquiere un tono más dulce.

Las llamas del hogar chisporrotean sobre la madera carnosa. Esteban se retuerce espasmódicamente, pero no deja de cantar. La caja en llamas escupe grasa ardiente, las llamas sisean, un olor pestilente surge del hogar.

Esteban lagrimea, se arquea, cae al suelo. La chica no lo suelta. Ahora es ella quien le aferra la mano.

El fuego consume la caja, las cenizas vuelan por la chimenea.

Esteban suelta un jadeo de agotamiento y alivio. Ha sobrevivido. Tal vez Lamas no. De un modo u otro, sospecha que ya no recibirá postales de Tahití.

Está de rodillas en el piso. Ya no oye el rugido de la catarata ni el crujido de la hojarasca. El mundo está en silencio. Debe zambullirse en el silencio para recobrar la música.

La chica aún lo mira a los ojos.

—En la trama del mundo hay pliegues de maldad y sufrimiento, y esos pliegues tienen vida propia —dice Esteban.

La chica lo mira sin entender. Esteban le toma suavemente ambas manos.

—El mundo es un libro lleno de erratas, pero las erratas tienen sentido.

La chica asiente, intrigada.

—Sin embargo, es *necesario* corregirlas —enfatiza Esteban.

Toma las manos de la chica, las extiende y las une por las yemas de los dedos, como dos animales de cinco patas, uno reflejo del otro, una caja de música viviente.

La chica sonríe, mira las llamas del hogar.

—No entiendo. La caja no está más, pero la música sigue sonando —murmura, y canta mientras le acaricia la mano ortopédica.

Esteban se deja acunar por el canto, lo siente entrar en sus venas. Una transfusión, un cambio de sangre.

La música sigue sonando.

Carlos Gardini es el escritor argentino de CF más premiado, reconocido y publicado hoy en día. Hoy tenemos el gusto de ofrecer otro trabajo suyo, inédito hasta el momento, en nuestra revista.

¿Hay alguien ahí?

Pablo Capanna

Hace ya veintitrés años salieron de la Tierra las sondas Voyager I y II, que, gracias a Newton, siguen viajando. Llevan consigo un mensaje dirigido a cualquier ser inteligente que se les cruce. El responsable de su contenido fue Carl Sagan, quien ya antes se había ocupado de cargar información en las sondas Pioneer X (1971) y XI (1972) y en el satélite geosincrónico LAGEOS (1974). En ese mismo año, la antena de Arecibo había emitido un mensaje de radio dirigido a los extraterrestres.

La idea de establecer una comunicación con otros mundos ya circulaba antes de 1954, cuando Morrison y Cocconi pensaron en usar los radiotelescopios para enviar mensajes al espacio. El gran Gauss había propuesto plantar pinos en Siberia para dibujar una inmensa demostración del teorema de Pitágoras que convenciera a los "marcianos" de nuestra inteligencia. En su momento, tanto Tesla como Marconi habían creído recibir señales del cosmos. Pero nadie negará que la cuestión comenzó a animarse después de 1947, cuando entraron en escena los ovnis. Fue en esos años cuando Fermi planteó su famosa cuestión: si tal como cabe suponer, el cosmos tendría que estar lleno de vida inteligente, ¿por qué no tenemos ninguna prueba? O mejor, ¿por qué no están aquí?

Mentiras galácticas

Como es sabido, las Pioneer llevaban una placa de oro con esquemas que daban cuenta de nuestra cultura científica, incluyendo la imagen de una pareja humana. Aquí fue donde arreciaron las críticas: la mujer aparecía en segundo plano y el hombre era blanco, aunque la mujer podía ser asiática o africana.

Por suerte, nadie objetó que la pareja fuera hetero.

El hombre levantaba la mano derecha como un sioux, quizás diciendo "Ugh!". Eso era lo que los programadores entendían como "saludo universal de la paz". Muy poco universal, en cuanto ignoramos si quien iba a recibirlo tenía manos.

Los discos de 90 minutos de grabación con que el equipo dirigido por Carl Sagan equipó las Voyager eran una pequeña enciclopedia de datos, imágenes y sonidos de nuestro mundo, que sigue

disponible allá lejos. Sagan escribió un libro para contarlo, y vendió bastante.

El disco contenía saludos en 54 idiomas. Algunos, bastante pintorescos como el turco (“que los honores de la mañana puedan posarse sobre vuestras cabezas”) o el chino (“pensamos mucho en vosotros. Por favor, venid a visitarnos cuando tengáis tiempo”). Conforme al protocolo, se incluían los saludos de varios líderes mundiales y la nómina de los senadores que habían votado el proyecto, como si eso fuera a importarle a alguien.

James Carter, el presidente de Estados Unidos que dos años antes creía haber visto un ovni, confiaba en que “algún día, cuando hayamos resuelto nuestros problemas, podamos unirnos en una comunidad de civilizaciones galácticas”. El inconsciente parecía traicionarlo: su discurso sonaba casi como una respuesta al ultimátum del extraterrestre Klaatu, en la clásica película El día que paralizaron la Tierra, que seguramente el pequeño Jimmy habría visto en el cine del barrio.

El austríaco Kurt Waldheim, que por entonces presidía las Naciones Unidas, grabó un mensaje donde ofrecía paz, amistad, humildad y esperanza. Años después tuvo que renunciar a su re-reelección como secretario de la ONU, cuando salió a luz su pasado nazi. Un dato que le da un toque de humor negro a su saludo.

Entre la Unesco y Benetton

Si los textos eran estilo Unesco, las imágenes eran decididamente Benetton. El parto de un niño blanco, una madre asiática amamantando a su hijo, un padre negro con una niña asiática en brazos, una ronda de niños de distintas etnias y una familia de granjeros anglosajones. El desprevenido alien podría llegar a creer que los humanos cambian de color y rasgos al crecer. También podía confundir a los delfines saltarines con aves, o a creer que el cristal de nieve que aparecía junto a un árbol nevado era su flor.

Por si esto fuera poco, la banda de sonido incluía el canto de las ballenas, que aún no hemos aprendido a descifrar, para presumir de sabios ante los ET. Quizás hubiera sido necesario mandar otra sonda con la fe de erratas, pero la NASA nunca volvió a tener el mismo presupuesto. Por suerte, la probabilidad de que alguien reciba el mensaje es bajísima, pero si es realmente inteligente algo habrá de sospechar.

Las megacivilizaciones

Quienes apostaban por la comunicación interestelar arriesgaron distintas respuestas para hacer frente a la paradoja de Fermi. Podía ser que el viaje interestelar resultara físicamente imposible, que todavía no nos hubieran descubierto, que no les resultáramos interesantes o que nos tuvieran en observación.

Sin embargo, si existen civilizaciones extraterrestres, tendrían que estar enviándonos señales involuntarias, por más que se empeñaran en ignorarnos. No tendrían que ser necesariamente mensajes inteligentes; bastaría con programas de televisión como los que les hemos estado mandando durante décadas.

Además, y a menos que hubieran encontrado la forma de violar la entropía, deberían estar irradiando en el infrarrojo, por más que un equipo de astrónomos japoneses ha rastreado hasta unos 80 años-luz sin encontrar evidencias de este tipo.

Con gran imaginación, Sagan y Kardashev se habían apurado a clasificar las civilizaciones galácticas en tres órdenes de magnitud, según usaran la energía de un planeta, de una estrella o de una galaxia entera. Obviamente, esto valía sólo para las culturas de orientación tecnológica; si los ET hubieran optado por el misticismo, difícilmente se interesarían por comunicarse con nosotros.

En principio, nada impide que haya miles de supercivilizaciones en el cosmos. Aun con una tecnología como la que conocemos, una especie civilizada podría establecer colonias en otros planetas apenas en unos cuatrocientos años. Expandiéndose desde ellos crecería a un ritmo exponencial, ocupando un área de 200 años luz en sólo 10.000 años y controlando toda la galaxia en apenas 3,7 millones de años, lo cual no es nada frente a la edad del universo.

Sin embargo, todavía no hemos encontrado nada. Los resultados del SETI (búsqueda de inteligencia extraterrestre), que hasta ahora ha explorado más de la mitad de la Galaxia y del grupo local, son negativos. Ya conocemos varias docenas de estrellas con planetas, pero suelen ser gigantes al estilo de Júpiter, no aptos para la vida tal como la conocemos.

Enviar y recibir

Salvo que los extraterrestres decidan visitarnos, quedan sólo dos maneras de buscar el contacto. Una es enviando mensajes mediante sondas o señales de radio. La otra es tratar de recibirlos. Después de

las Voyager, Sagan optó por lo segundo y puso en marcha el proyecto SETI, con estaciones receptoras en todo el mundo, incluyendo Argentina.

Uno de los últimos grandes emprendimientos del SETI fue el proyecto Phoenix, iniciado en 1992 para celebrar el quinto centenario del descubrimiento de América. Al año siguiente, el Congreso de los Estados Unidos le asestó un corte decisivo a su presupuesto. Fue el mismo ajuste que puso fin al Supercolisionador Superconductor, el colosal acelerador de partículas de 90 km de circunferencia, que ya estaba en construcción.

El proyecto logró sobrevivir en base a aportes privados. El año pasado, la necesidad aguzó el ingenio del astrónomo Dan Werthimer, de California, quien consiguió que alrededor de dos millones de personas bajaran de la Red el programa *Seti@home*. El conocido programa permite aprovechar la capacidad ociosa de las computadoras personales, analizando parte de las señales que recibe la antena de Arecibo.

Los resultados del SETI no han sido precisamente brillantes y es comprensible que hayan puesto de mal humor a los senadores. La gran mayoría de los *wows* –señales aparentemente inteligentes– han sido identificadas como satélites militares, aviones, fuentes naturales y hasta teléfonos celulares.

En eso se parecen a los ovnis.

De todos modos, las búsquedas dejaron grandes beneficios, ya que indirectamente permitieron descubrir fuentes naturales como los cuásares y los púlsares.

¿Cuántos somos?

Es razonable suponer que, si existe vida inteligente por lo menos en un planeta (el nuestro), debería tratarse de algo bastante común en el cosmos. Según Paul Davies, esta tesis se apoya en algunos principios filosóficos que surgen de la visión científica moderna: la Uniformidad (las leyes de la Física son universales), la Plenitud (si la vida es posible en determinadas condiciones, entonces tendrá que aparecer) y la Mediocridad, o principio de Copérnico: la Tierra es apenas un planeta del montón, sin privilegios.

Aquí es donde volvemos a la paradoja de Fermi. Si están, ¿por qué no los conocemos?

Una manera de entender la magnitud de la cuestión es partiendo de la ecuación planteada por Frank Drake para conocer el número de

mundos que estarían en condiciones de emitir señales inteligentes.

Drake partía de estimar la cantidad de estrellas que hay en la Galaxia (N), subdividiéndola en función de distintos factores. Para empezar, sólo una fracción tendrá planetas. Pero sólo algunos planetas serán aptos para la vida. Algunos de ellos habrán desarrollado vida orgánica. Muchos menos contarán con vida inteligente. De éstos, sólo muy pocos habrán producido una civilización tecnológica y muchos menos habrán sido capaces de evitar las guerras nucleares o los colapsos ecológicos. Como se ve, N tiende peligrosamente a achicarse.

El propio Sagan admitía que podría haber a lo sumo un puñado de civilizaciones y quizás sólo una –la nuestra– que por cierto no se esforzaba demasiado por sobrevivir.

El principio antrópico

En 1983 el astrofísico Brandon Carter abrió una nueva polémica al plantear el llamado Principio Antrópico, que apunta peligrosamente a ser una cuestión filosófica, con lo cual la discusión tiene para rato.

En la versión fuerte del principio, las leyes de la Física parecen estar diseñadas para que aparezca la vida inteligente tal como la conocemos: estaríamos en el mejor de los mundos posibles, como quería Leibniz. La versión débil, en cambio, dice que vemos al universo tal como lo vemos simplemente porque somos como somos. No hay que sorprenderse de que las condiciones iniciales no apunten a otra cosa. De no ser así, no existiríamos.

En efecto, si la velocidad de expansión del universo fuera infinitesimalmente distinta, el universo habría colapsado antes de llegar a la fase actual (Hawking). Si la relación entre materia y antimateria no hubiera sido la que es, no tendríamos universo. Si la fuerza nuclear hubiera sido más débil, todo estaría lleno de hidrógeno, y si hubiera sido más fuerte, todo el hidrógeno se hubiera convertido en helio (Dyson). No hubiera habido carbono, ni agua, ni vida…

El argumento antrópico ha sido especificado aún más en un libro reciente, *Tierra rara*, de Peter Ward y Donald Brownlee. Sus autores intentan mostrar que las condiciones que reúne la Tierra para albergar vida (masa, órbita, composición de la atmósfera, presencia de agua, etc.) la hacen probablemente un caso único: ninguno de los planetas remotos detectados hasta ahora parece reunirlas y son varias decenas.

En esta cuestión, los biólogos son menos optimistas que los físicos. Ernst Mayr, uno de los grandes biólogos del siglo, observa que los partidarios del SETI suelen ser físicos como Drake, inclinados al determinismo. Según Mayr, hay muchos factores contingentes en la evolución, como en todo lo que es complejidad. Repitamos un millón de veces el experimento de la vida –sostiene Mayr– y quizás no llegue a producir mamíferos, ni mucho menos mamíferos capaces de inventar la televisión.

Esperando la carroza

Más allá de las posibilidades de la vida extraterrestre, de la probabilidad del contacto o de las cuestiones técnicas que implica la comunicación, cabe preguntarse por el marco cultural en el cual se planteó la cuestión del SETI.

Hay dos elementos ineludibles que deben ser tenidos en cuenta en esta cuestión; la aparición del mito ovni en los años 50 y el temor al apocalipsis nuclear, que nos acompañó durante toda la Guerra Fría.

Apenas apagado el fuego de Hiroshima, el ovni pareció una advertencia del otro mundo –un más allá tecnológico, como le cabía al imaginario del siglo XX–, para que nuestro progreso tecnológico no desbordara a nuestra inmadurez ética. El tema era serio; muchos pensadores y hombres de ciencia, comenzando por Fermi, se vieron envueltos en él. Por su parte, los “ufólogos” comenzaron a esperar una apocalíptica evacuación del planeta.

Pero aun después de años de aguardar infructuosamente el desembarco de los ovnis, el mito se negó a rendirse. Sagan planteó la cuestión en términos casi mesiánicos: en su libro La conexión cósmica convocaba a construir antenas “como si fuesen ziggurats o pirámides”. Su proyecto tuvo por sponsor a Steven Spielberg, autor de la exitosa E.T.

La propia ecuación de Drake era la expresión matemática de un angustia: ¿habrán logrado los extraterrestres controlar la tecnología para evitar destruirse a sí mismos? ¿Podrán enseñarnos cómo salir de la adolescencia tecnológica?

El mito ovni

El SETI se convirtió en algo así como la versión inteligente del mito ovni. Las búsquedas no se limitaron a orientar antenas y rastrear señales en la banda del hidrógeno. Hubo proyectos e investigaciones

mucho más discutibles que, sin embargo, fueron consideradas tan relevantes como para merecer financiación. Algunos se dedicaron a la búsqueda astronómica de estructuras que probaran la presencia de una tecnología extraterrestre dentro del sistema solar, tratando de encontrar falsos asteroides, obras de ingeniería en los satélites o estelas de naves espaciales impulsadas por antimateria.

Entre lo más pintoresco estuvo sin duda la búsqueda de mensajes encriptados por los extraterrestres en las estructuras moleculares de bacteriófagos y virus presumiblemente llegados del espacio. En 1986, Hiroshi Nakamura creyó haber descubierto en la estructura de ADN del virus cancerígeno SV40 un esquema que recuerda el mapa de la constelación Epsilon Eridani, uno de los puntos elegidos por Drake en el Proyecto OZMA de 1960. El trabajo fue publicado en una revista académica y formaba parte de un proyecto de investigación científica. Pero con antecedentes como éste, tiemblo de pensar en las cosas que algunos pretenderán descubrir en el genoma humano…

Por su parte, Betty Hill, un ama de casa norteamericana que decía haber sido secuestrada por extraterrestres en 1964, dibujó un mapa estelar que luego fue identificado por una investigadora tan aficionada como imaginativa con un croquis del sistema de Zeta del Retículo. Desde el bando "ufológico", muchos creyeron ver una cara y algunas pirámides en la superficie de Marte. Un siglo antes, Schiapparelli había visto canales.

Queda flotando una pregunta. Si no dijéramos quién es quién, ¿podría el lector reconocer con certeza cuál de las dos conjeturas es científica y cuál no, en un ambiente donde todos los gatos tienden a ser pardos?

Más tarde, aquellos entusiasmos decayeron y el clima cultural cambió con el posmodernismo. El nuevo marco fue el planteo antrópico, que parece retrotraer el problema a las posturas del siglo XVIII.

La cuestión sigue siendo fáctica y sólo podrá dirimirse en los hechos. Pero de cualquier manera, no pierde su atractivo. Si el contacto pudiera ser posible, sería uno de los hechos más espectaculares en la historia de nuestra especie.

Originalmente en Página/12, 2 de diciembre de 2000

Correo 115

junio de 2002

Estimado Eduardo:

Descubrí Axxón por accidente hace unos tres o cuatro años, mientras navegaba en Internet. Recuerdo que en “El cuento elegido” había un relato panfletario que no me gustó; tal vez fue por eso que me alejé hasta que re-descubrí el sitio el año pasado, vi cómo funcionaba y me volví habitué.

Desafortunadamente no tengo conexión propia, así que tengo que conformarme con bajar el .zip de la revista en algún cibercafé o kiosco y apenas le presto atención a secciones on-line que me interesan, como “Futuros” o “Zapping”.

Te cuento que, aunque no soy un neófito en esto de la CF, sí lo soy en lo que respecta al aspecto literario. Mis principales referentes del género venían del cine y la TV (ahora que leo CF “de verdad”, me doy cuenta de que he vivido equivocado en muchas cosas). Pese a esto, he tenido la suerte de publicar un par de relatos en concursos locales en la ciudad de Rosario. El año pasado, gracias a un negocio de compra y venta de libros usados cercano a donde estudiaba Diseño Gráfico, empecé a pagar mi deuda. Frente a mis ojos pasaron autores célebres como Clarke, Bradbury y Asimov, además de otros de los que lamento no haber oído antes: Theodore Sturgeon, John Brunner, Gardner Dozois, Harlan Ellison, Alfred Bester y tantos otros. En ese mismo negocio encontré un ejemplar llamado “Lo mejor de la ciencia ficción argentina”, antología realizada por Pablo Capanna en la que descubrí, entre otros, a Carlos Gardini, Sergio Gaut vel Hartman, y a ti, amigo Eduardo. Obran también en mi poder sendos ejemplares de “Péndulo” y “Parsec”; es realmente lamentable que no hayan sido más longevos, pero sabés mejor que yo que en nuestro querido país la CF es under a su pesar.

Bueno, cumplimentadas las formalidades de rigor, vamos ahora a la sustancia de esta carta, que es la de todo el género epistolar: la exigencia y el mangazo. Estuve haciendo un poco de arqueología de entrecasa, bajándome los primeros números de la revista (la interfaz DOS tiene un encanto peculiar para los que llevamos varios años con la PC) y me sorprendió que no estuvieran disponibles todos los ejemplares. Me interesa particularmente el número 0, saber cómo se presentó Axxón al mundo, leer aquel primer editorial

(que seguramente contrasta notoriamente con los actuales, pero ése es otro tema). ¿Por qué no están? ¿Hay alguna manera de conseguirlos que no sea rastrear por todo el globo a alguien que los tenga? Para terminar, te mando unos cuentos de mi autoría (uno de ellos lo remití hace un par de meses al taller de Axxón, y aprovecho para insistir por este lado). Sí, ya sé que estás muy ocupado y que estás cansado de que todos te pidan lo mismo, pero realmente agradecería un diagnóstico profesional para saber si tengo algún futuro en el mundillo de la CF, o si definitivamente tengo que irme a cultivar mandioca al altiplano.

Saludos. Andrés F. Diplotti

AXXÓN: Veo que por un cuento podemos perder un lector, al menos por un tiempo. ¿No será mejor participar, mandando una carta y opinando en ella? Sé que pido mucho. Es un fenómeno típico de Internet: hay tanto material que algún criterio debemos aplicar, y si algo no nos gusta de entrada, ¡chau sitio! (yo hago lo mismo, no te preocupes). Con respecto a lo que me contás de los autores que has ido leyendo, bueno, te envidio. Empezar y tener la oportunidad de leer a tantos grandes es un placer que me gustaría volver a vivir. Luego se acaba el material histórico y hay que empezar a leer lo que va saliendo… y uno no siempre sale contento. Lo de los números viejos de Axxón ya está arreglado. El material que me mandaste está esperando su turno de lectura, así que queda decirte muchas gracias. Como verás, el correo está muy pequeño, esta es la única carta…

Desde que abrimos la Lista Axxón se han anotado enormidad de personas, y por esto muchas opiniones que antes se intercambiaban por el Correo ahora se presentan y discuten día a día en la Lista. No me pareció razonable extraer textos de opinión de ella para ponerlos aquí, ya que son medios diferentes. Espero que alguno de los “Listeros” mande de vez en cuando una carta para este Correo. No sea que lo dejemos huérfano…

Eduardo J. Carletti

Disfrutar de esa manera

Ronald R. Delgado C.



Era el primer viaje de la pequeña María al museo, y a pesar que su hermano Andy se quejaba constantemente y le hacía ver el paseo como tonto y aburrido, ella se mantenía entusiasmada. En sus ocho años conocía sin duda todas las diversiones y los juegos que una niña de su edad debía conocer, pero disfrutaba de ellos con detenido interés, sin llegar nunca a excitarse demasiado. A diferencia de su hermano, el chillón muchacho de once años que jamás podía soltar de sus manos el monitor de realidad virtual, la consola de videomúsica o el control de videojuegos como en este momento lo hacía, en la parte posterior del auto. Disparos láser y digitalizadas explosiones resonaban en el interior del vehículo al mismo tiempo que el muchacho repetía su discurso:

—¡Mamá, el museo me aburre! ¡Yo no quiero ir! ¡El museo es aburrido, María, no te va a gustar!

—¡Andy, ya basta! —exclamó su madre desde el asiento del piloto—. Por favor bájale el volumen a ese aparato.

Andy entrecerró los ojos y arrugó la boca. María lo vio por el rabillo del ojo, desde el asiento del copiloto, y sonrió.

—No le hagas caso, María —dijo su madre y le peinó el cabello—. Estoy segura de que el museo te va a encantar.

—Ssí, mami —dijo María, y llenó el vehículo con destellos provenientes de su tierna sonrisa.

Volvió su mirada al frente para observar los otros vehículos volar velozmente entre los altos edificios, llenos de luces y colores. Sus pensamientos siempre dejaban su realidad al poco tiempo para sumirse en reflexiones sobre su manera de ver el mundo. *Esos videojuegos de Andy son tontos* —pensaba— *¿Qué divertidos pueden ser juegos tan fáciles?,* y en medio de esas reflexiones apretaba fuertemente a su muñeca robot Jessica que nunca dejaba en casa.

Jessica lanzó un llanto y luego habló con una tierna voz programada:

—María, María, me aprietas mucho.

María abrió los ojos por completo y miró a su muñeca

apenada.

—Dissculpa, Jessica. Esstoy emocionada.

A pesar de su manera de pronunciar las eses, la robot era capaz de entenderla.

—¡Vamos al museo!

—Ssí —asintió la niña—. Y ess mi primera vez.

—¡Nos divertiremos mucho! —exclamó la muñeca levantando sus elaborados brazos mecánicos.

—¡Muñeca idiota! —dijo Andy enseguida.

—¡Andy! —exclamó de nuevo su madre, esta vez volviéndose para jalarle la oreja a su hijo.

El vehículo se tambaleó pero no perdió el rumbo, pues su ruta había sido establecida al comienzo del viaje. María sonrió de nuevo y acarició la larga y rubia cabellera de Jessica antes de sentarla en sus piernas. Ignoró la tediosa presencia de su hermano durante el resto del trayecto.

Diez minutos después el vehículo descendía entre los edificios para posarse sobre el estacionamiento para visitantes del Museo de Historia Natural y Ciencias de la ciudad.

María sujetaba en su mano derecha a Jessica con mucho cuidado, mientras que su madre le sujetaba la mano izquierda. Andy, del otro lado, arrastraba los pies con la cabeza gacha lanzando bufidos de cuando en cuando. Luego de bajar por los ascensores que daban acceso a los niveles inferiores, apareció ante ella una edificación como nunca había visto en su vida. Sus paredes, en vez de ser rectas y de superficies cromadas como el resto de la ciudad, eran más bien blancas, muy altas, y en todas partes enormes columnas del mismo color se erguían mostrando cerca del techo elaboradas figuras y formas. En medio de toda esa estructura el nombre del museo flotaba encima de la puerta principal.

—Mami, ¿qué son essas? —señaló a una de las columnas.

—Esas son replicas de las columnas que utilizaban los Romanos antiguos en sus edificios. ¿Te acuerdas, las personas que vivieron en Italia?

—Ssí. ¿Y assí eran sus cassas?

—Algunas.

—¡Qué lindass!

—Qué anticuadas —dijo Andy—. Sus edificios eran de piedra, no como los nuestros de metales resistentes.

—Ellos vivían en otra época, Andy. Ellos no tenían nuestra tecnología.

—¡Ellos eran aburridos!

La mujer negó con la cabeza y dirigió a sus hijos a la puerta principal, donde otros visitantes le acompañaron. Cruzaron el enorme portal y sintieron el frío clima del interior del museo. El sonido de los vehículos del exterior quedó silenciado y el rumor de las personas y de las atracciones llenó todo su alrededor.

María levantó su cabeza para poder observar la totalidad del lugar, y se sorprendió de todas las figuras y colores que en todas partes lo decoraban. A la entrada seguía un amplio lobby con un puesto de información en todo el centro, y luego cuatro pasillos ramificaban la estructura para dar paso a otra serie de habitaciones que, si eran recorridas en un orden específico, contaban la historia química y biológica de la Tierra y de la humanidad desde sus inicios hasta el presente. Junto a dos de estos pasillos escaleras decoradas con antiguas estatuas y otras piezas de arte daban paso al segundo y tercer piso, donde la ciencia y la técnica relataban la historia del universo, desde hace quince mil millones de años.

La madre de María conocía perfectamente el recorrido, y como lo tenía preparado, le mostraría a su hija la totalidad del museo tratando de no perder ningún detalle. De cualquier forma, los guías robots, las proyecciones holográficas y las representaciones en realidad virtual harían el resto del trabajo.

María apretó contra su pecho a Jessica y ésta apartó el cabello que se sacudió frente a sus ojos para poder observar el camino que los llevaba al primero de los pasillos.

Así comenzó su visita al museo.

Un robot guía apareció de la nada y detuvo su caminó para darle la bienvenida a la familia que recién llegaba a ese pabellón del museo.

—¡Sean bienvenidos al Museo de Historia Natural y Ciencias! —exclamó el robot y mostró su artificial dentadura. Éste era bípedo y sus movimientos, casi perfectos. Sin embargo, su estructura combinada de metales y fibra especiales les hacía saber a las personas que se trataba de una máquina. Su voz, era tan natural como la de un humano—. Acompáñenme y les contaré una historia que comenzó hace miles de años.

El robot se hizo lugar en la habitación. María sonrió y miró fugazmente a su muñeca Jessica, que contemplaba anonadada al guía. Muñecas como Jessica estaban construidas de tal manera que parecían ser conscientes de su entorno y de su persona, pero no se trataba más que de desarrollados algoritmos en inteligencia artificial, de hecho, inferiores a los utilizados en los robots de aplicaciones industriales y de investigación.

Andy, sin prestarle atención al guía, se adentró en el pabellón y caminó directamente hacia los monitores de realidad virtual que estaban dispuestos en cada rincón del museo. Su madre lo dejó tranquilo, pues sabía que sólo esos monitores llamaban la atención del muchacho.

El robot se detuvo junto a un gran vitral que mezclaba en su interior elementos reales como figuras de cera y proyecciones holográficas de los habitantes primitivos del planeta.

El robot comenzó su charla, y María escuchó atenta. La explicación era acompañada de animaciones en tres dimensiones mostrando simulaciones sobre la mecánica celeste y la formación de la Tierra, para pasar luego a aquella historia del caldo primigenio que dio lugar a la formación de las estructuras unicelulares que paulatinamente formaron la variedad de especies que conocemos.

—¿Y eran assí tan chiquiticos essos animalitos? —preguntó la niña cuando el robot hubo terminado.

La máquina soltó una carcajada y sonrió.

—Sí, pequeña. Ellos en realidad eran así de chiquitos.

Continuaron su trayecto alrededor del pabellón y terminaron contemplando una representación animada de extensos campos de llana vegetación que repentinamente eran invadidos por una manada de pequeños dinosaurios que eran perseguidos por un gigantesco depredador. María saltó sobre sí misma al ver tal imagen y abrió los ojos de par en par.

—Continúen al próximo pabellón para el segundo episodio de esta historia. Gracias por visitarnos —dijo el robot, y luego se alejó para retomar su lugar en la entrada.

Andy, con la cabeza completamente eclipsada por el monitor que proyectaba imágenes a su alrededor, agitaba sus brazos en el aire y manipulaba objetos que no estaban ahí. Su madre le tocó el hombro y éste entendió la seña perfectamente, pues se quitó el monitor y arrugando la boca les acompañó al siguiente pabellón.

Así continuaron visitando cada habitación, y en cada una de ellas María veía y aprendía cosas que nunca antes había imaginado.

Conoció al gigante Tiranosaurio Rex, tocó con sus manos al Mamut, y vivió una aventura virtual con los humanos primitivos, los reyes de las cavernas.

En el segundo piso observó la formación del universo conocido, caminó entre las estrellas y se empapó de las leyes de la naturaleza, además de que conversó con los filósofos y científicos pioneros de todos los tiempos.

Vio objetos que pertenecieron a Leonardo Da Vinci y a Isaac Newton, y piloteó con seguridad al Apolo 11.

Una hora después, faltaba aún el último piso del museo por visitar, y aparentemente había en él una fuente de soda donde podrían tomar una bebida o comer un helado, además de una sorpresa que les tenía su madre preparada.

—¿Sorpresa? —preguntó Andy frunciendo el ceño.

—Sí. Y estoy segura que a ti te va a encantar.

Tomaron las escaleras y poco a poco la fachada del último piso se fue dibujando frente a sus ojos. Lentamente el rumor del lugar se convirtió en una serie de sonidos electrónicos que Andy pudo reconocer fácilmente.

En ese momento, el museo había preparado una presentación especial en donde brindaban, además de una muestra histórica de los juegos y los juguetes durante la historia del mundo, un pabellón dedicado a lo último en videojuegos y realidad virtual.

Andy no pudo evitar su asombro, y de su boca abierta corrió un hilo de saliva que tuvo que ser detenido por su madre. María, por su parte, sonrió al encontrar tal cantidad de luces y sonidos maravillosos, y olvidó por completo el cansancio que hacía un rato la embargaba.

El muchacho soltó la mano de su madre y corrió al pabellón, donde la estridente música electrónica de las diferentes consolas y monitores arremetían a sus visitantes.

—¡Te busco en un rato, mami! —dijo, y se perdió en medio de los otros jóvenes.

María miraba a todas partes sin decidirse a dónde ir.

—Ven, María, empecemos por aquí.

—Ssí.

Jessica tenía los ojos desorbitados y temblaba ligeramente. Tal vez tanta iluminación y ondas electromagnéticas eran dañinas para sus circuitos internos.

Entraron en un pabellón que más bien era callado y

tranquilo, acompañados de una suave música parecida a aquellas que solían traer esos joyeros para niñas que al abrirlos una bailarina de ballet plástica giraba encantada. No habían robots guías, y toda la decoración era más bien anticuada, antigua, como una casa victoriana.

María estaba absorta contemplando muestras de juguetes antiguos como carros de madera para los chicos y muñecas de trapo para las niñas.

—¿Mami, essas muñecas no hablan?

—No, hija —sonrió la mujer—. Esas muñecas eran de tela o madera, muchas veces hechas por sus mismas dueñas, niñas como tu.

—Y entoncess, ¿Ellas imaginaban todo?

—Ajá.

María abrió ligeramente sus labios, asombrada.

La mujer acompañó a su hija mientras ésta observaba detenidamente cada monitor y cada vitral de la exposición. Le respondía cada una de sus preguntas y le señalaba objetos importantes o curiosos, e inclusive algunos que ella utilizó alguna vez.

Caminando, en medio de las atracciones y los otros visitantes, María detuvo su mirada sobre un monitor de realidad virtual acompañado con una pequeña cúpula de vidrio. En su interior yacían tres extraños objetos que no pudo reconocer.

—¿Qué sson essos, mami? —preguntó con el ceño fruncido.

La mujer se agachó junto a ella y leyó las palabras que indicaban el nombre de los objetos.

—Esos son un Yo-Yo, un gurrufío y una perinola (similar a, en Argentina, “balero”).

—¡¿Una qué?! —exclamaron María y Jessica y clavaron sus ojos en los de su madre.

—Una perinola… Esos son juguetes populares que divertían mucho a los niños hace muchos años. Eran tradicionales por completo. Lamentablemente el tiempo y la tecnología hizo que los jóvenes perdieran el interés en ellos.

—¿Tú jugasste con elloss?

—Oh, no, hija. Cuando yo era niña ya esas cosas no las hacían. Un día no recuerdo cómo me prestaron una perinola pero nunca logré ponerla en su sitio, como se suponía debía hacerlo.

—¿Era muy difícil?

—Sí, era difícil.

—¿Y cómo sse juega?

—Espera… —la mujer tomó el monitor de realidad virtual y se lo colocó a María. Ésta apretó a Jessica contra su pecho y observó atenta.

La oscuridad de su alrededor enseguida se convirtió en luz y en menos de un segundo una imagen virtual completamente tridimensional y de trescientos sesenta grados de extensión rodeó a la niña. En ella, un gran parque lleno de frondosos y altos árboles estaba habitado por un sinfín de niños que sonreían y corría de un lado para el otro. Repentinamente un niño caminó junto a María y se detuvo frente a ella. Extendió su brazo y abrió la palma de su mano para mostrar un objeto redondo tal cual el que estaba dentro de la cúpula.

—Este es un Yo-Yo. Me gusta jugar mucho con él, y me he convertido en todo un experto —dijo el niño lentamente—. Te mostraré cómo se juega.

Entonces, el niño acercó su manó a su hombro y lo sacudió luego para dejar caer el objeto al suelo. Por un momento, María esperó oír el golpe del Yo-Yo contra el suelo, pero rápidamente notó como la cuerda que estaba enrollada alrededor del juguete se tensaba y lo traía de regreso.

María soltaba carcajadas mientras el niño hacía gala de sus habilidades con el juguete.

Luego, el niño desapareció para mostrar a otros dos que luchaban entre ellos haciendo girar rápidamente a unos pequeños discos metálicos sostenidos por ligeras cuerdas.

—Estos son gurrufíos —dijo uno de ellos—. Al halar los extremos de la cuerda los discos dan vueltas y vueltas y divierten mucho. Estos los hicimos con tapas de refrescos, y como son de aluminio, tratamos de cortar la cuerda del otro con el filo del disco.

María reía, y afuera, en el mundo real, su madre supervisaba el progreso de la proyección por el monitor externo.

Finalmente, una niña morena y de ojos oscuros se le acercó cargando en su mano derecha el objeto que se llamaba perinola.

La niña, con destreza, tomó el extremo gordo y parecido a una campana que permanecía sujeto con una cuerda a un palo largo y fino, y con un movimiento rápido, lo hizo subir y bajar de tal manera que quedaron encajados perfectamente uno dentro del otro. Luego, ayudándose con su pulgar, lo hizo subir de nuevo, y como un

bólido la campana se regresaba a la misma posición de antes. La niña repetía esto incesantemente y contaba cada vez que lograba encajar las piezas.

La velocidad con la que la niña jugaba con la perinola dejó a María aturdida, y pensó que ni Andy eran tan rápido moviendo los dedos sobre el control de su videojuego.

La niña entonces se alejó de ella y lentamente la imagen oscureció. María volvió al mundo real cuando su madre le retiró el monitor.

—¿Viste cómo se juegan?

—Ssí, pero sson fantássticos. Parecen dificilíssimos.

Clavó la mirada en la cúpula de vidrio y observó con mayor detenimiento a la perinola.

—¿Qué viste, qué viste? —preguntó Jessica, pero la niña no le prestó atención.

Parecía ser de madera, y la campana de arriba estaba pintada de un color marrón brillante, con unas líneas azules y amarillas que le daban la vuelta. La otra pieza estaba pintada con un color verde oscuro y en la punta el desgaste que producían los impactos habían mostrado el color original de la madera. La cuerda que unía ambas piezas estaba sucia y enredada. A pesar del aspecto tosco y anticuado, María no podía dejar de sentir impresión por semejantes juguetes antiguos, pues si bien no tenían partes electrónicas, ni generaban sonidos ruidosos, parecían vibrar con una fuerza mágica que les regalaba a los niños verdadera destreza para manipularlos.

El letargo de la niña fue interrumpido por el molesto tono de voz de su hermano Andy, que exclamó detrás de ella.

—¡Fantástico, mamá! ¡Los juegos están fantásticos! Ven a verlos —tomó a su madre por la mano y la trajo hacia sí.

—Espera, Andy. María esta viendo las muestras.

Andy enarcó las cejas y se paró junto a su hermana. Arrugó la cara cuando miró la cúpula.

—¿Qué demonios es eso?

—Ess una perinola —dijo María orgullosa—. Ess un juguete antiguo que de verdad divertía.

—¿Y por dónde se le meten las baterías?

—¡No usa bateríass, tonto!

—¿Y cómo funciona sin baterías? —preguntó Andy confundido.

—Tieness que usar las manoss así —dijo la pequeña y acompañó sus palabras con una mímica de la manera correcta de jugar.

—¡Ahh! ¿Qué tiene de divertido si no se enciende y hace ruido?

María entrecerró los ojos enojada.

—¡Tú no entiendes!

—Ya, ya, tranquilos —dijo la mujer y los tomó de la mano—. ¿Qué les parece si nos comemos un helado?

Los dos jóvenes sonrieron y caminaron junto a su madre hacia la heladería. Sin embargo, sólo la niña volvió su cabeza unas tres veces antes de salir del pabellón para ver nuevamente a la perinola que descansaba inerte dentro del cristal.

Andy, a pesar de disfrutar el helado, lo apresuró para así poder jugar un rato más con todos los videojuegos que presentaban en la exposición. María y su madre se tomaron su tiempo y con calma consumieron sus postres ocupando una de las mesas de la heladería. Jessica yacía sentada en medio de ella, sonriente, y no dejaba de observar a la niña ni un segundo.

María se llevó una porción del dulce a la boca y lo saboreó lentamente, al tiempo que pensaba sin descanso en aquella vieja perinola. Su madre percibió claramente el significado de su semblante, y esbozó una sonrisa pues sabía que su hija estaba inmersa en profundos pensamientos.

—¿Te gustó el paseo, María? —preguntó.

La niña parpadeó rápidamente y asintió con la cabeza.

—Ssí, mami. Me gussta mucho el musseo.

—¿Qué fue lo que más te gustó?

María se detuvo a pensar unos segundos.

—¡Loss juguetes! —dijo entusiasmada—. Y también los disonaurioss.

—Dinosaurios —corrigió su madre.

—Essos.

—Mami… —la niña clavó la mirada en la nada, y se mantuvo en silencio unos tres segundos—. ¿Por qué essos juguetess tan lindos que vimoss ya no exissten?

—Por el tiempo y la tecnología, como te dije. Antes, cuando

las personas no tenían computadoras, holovisores, realidad virtual, todas esas cosas que son tan comunes para ti y para mí, pues tenían que entretenerse con otras cosas, más ajustadas a su desarrollo tecnológico.

»Los niños de esa época eran muy inteligentes y ellos construían sus propios juguetes, muchas veces porque no tenían el dinero para comprar juguetes nuevos. Inventaban carritos, aviones de madera, y hacían cosas tan maravillosas como el gurrufío o la perinola que viste.

»Con el tiempo, apareció la televisión. Aparecieron las computadoras y los juegos de video, así que simplemente la atención de los niños se desvió hacia esas nuevas formas de entretenimiento.

—¿Pero ssi no tenían dinero para comprar suss juguetes, cómo compraron computadorass?

La madre de la niña sonrió.

—Con el tiempo las computadoras se hicieron tan baratas que todo el mundo pudo tener una, como hoy en día. Por ejemplo, Jessica —señaló a la muñeca y ésta mostró su dentadura artificial—. Ella es un juguete muy avanzado, y funciona con baterías, y habla. Ellos no tenían muñecas como Jessica, sino muñecas de madera o de tela como las que viste. Mas tarde, le agregaron computadoras a las muñecas, y las convirtieron en lo que son ahora.

—¿Entoncess la culpa es de lass computadorass?

La madre soltó una carcajada.

—Bueno, tampoco es para tanto. De hecho, ¿acaso no te gusta jugar con Jessica?

—Yo quiero mucho a Jessica.

—¡Ah!, ves, después de todo, estos nuevos juguetes divierten a los niños también. Además, algún día los juguetes de ahora se perderán en el tiempo —Jessica abrió los ojos asustada—. Lo mismo sucedió con las primeras computadoras, e inclusive, lo que existía antes de ellas.

—¿Qué existía antes de ellass? —preguntó la niña interesada.

—Aparatos que llamaban calculadoras. Y mucho antes unas cosas que no eran electrónicas, llamadas reglas de cálculo, si mal no recuerdo. Nada de eso existe hoy, y de existir, estoy segura que sólo pocos saben manejarlos.

—Así como la niña manejaba la perinola.

—Ajá —dijo la madre y acarició el rostro de su hija.

—No te preocupess, Jessica, yo ssiempre te querré —dijo María, y tras terminar su helado, abrazó a la robot.

Unos veinte minutos después, la familia dejaba el museo no sin antes comprar unos recuerdos en la tienda de souvenirs y escuchar el agradecimiento de los robots guías y de los organizadores de las exposiciones.

Andy se montó en el vehículo con una sonrisa en el rostro y un nuevo juego de video en sus manos, y María tomó el asiento vistiendo una bonita franela que mostraba a un señor llamado Albert Einstein sacando la lengua, cosa que le produjo mucha gracia. Abrazó a Jessica como de costumbre, y observando el cielo y los edificios soñó con esa época donde los niños construían sus propios juguetes.

—¿Te gusstó el musseo? —susurró al oído de la robot.

—Sí, mucho mucho —respondió.

María acarició la larga cabellera de su muñeca, y teniendo entre sus dedos aquellas finas fibras, entrecerró los ojos y frunció luego el ceño. Después, sonrió, y en su rostro el reflejo de una idea la hizo brillar.

Llegaron a su hogar antes de la hora de la cena. El padre de María esperaba en el amplio apartamento viendo las noticias en el monitor holográfico y sosteniendo entre sus manos una cerveza. Andy y la niña corrieron a los brazos de su padre y vociferaron cada uno diferentes versiones de su visita al museo. Terminada la fugaz celebración se dirigieron a sus respectivos cuartos para cambiarse de ropa y prepararse para cenar.

María dejó en el suelo a Jessica justo después de entrar en la habitación y velozmente cambió su ropa por sus pijamas violetas favoritas. La robot caminó hasta una pequeña mesita donde solía permanecer durante las noches, junto al juego de té y la peinadora. Sonrió, y luego clavó sus sensores visuales en la niña. Ésta le sostuvo la mirada y sonrió con gracia. A lo lejos el llamado de su padre le hizo salir de la habitación dejando la luz encendida y la cama un tanto desarreglada.

Cenaron y conversaron sobre el museo, y sobre las cosas que habían aprendido. Al terminar, Andy le pidió a su padre que lo acompañase a probar su nuevo juego, y éste aceptó con la condición que no jugase demasiado. María se retiró de la mesa con calma e inmediatamente lavó sus dientes y luego de comentarle a su madre que iba a dormir, cerró la puerta de su habitación y manipuló el

control de la luz para que esta la iluminase tenuemente.

Entonces, manejada por la fuerza de la imaginación y la curiosidad, comenzó a inspeccionar cada rincón de su dormitorio. Jessica la miró dubitativa y se levantó de la silla para jalarle las pijamas suavemente.

—¿Vamos a dormir?

María la levantó del suelo y la llevó hacia la mesita donde descansaba el juego de té.

—No, Jessica. Vamoss a jugar.

—¡Me encanta! —exclamó la muñeca alzando los brazos.

La robot tropezó con una de las tazas del juego de té y ésta atrajo de inmediato la atención de la niña. Tomó la pequeña taza entre sus manos y la observó detenidamente. Vio su rostro alegre en la superficie lisa de la taza y su excitación aumentó pues sabía que la pieza funcionaría a la perfección. Luego, caminó hasta la peinadora, donde además de sus artículos de belleza y otros juguetes tenía en las gavetas lápices de colores, marcadores y por supuesto tableros de dibujo electrónicos. Tomó un grueso marcador color verde y lo sostuvo con su mano derecha unos segundos. El marcador sobresalía unos ocho centímetros por fuera de su mano, así que lo consideró indicado para su función.

Tan solo faltaba una última pieza en la construcción que tenía en marcha y ahí era donde entraba Jessica a escena. De otra gaveta sacó un rollo de cinta adhesiva y cuidadosamente unas tijeras. Con un semblante sereno dejó el rollo de cinta en la mesa junto a la muñeca y luego levantó las tijeras en su dirección.

—¿Qué vas ha hacer? —preguntó la robot con una expresión temerosa.

—No te preocupess, Jessica. Sólo quiero un poquito de tu cabello.

Entonces tomó un mechón de rubio cabello y lo cortó con cuidado desde la raíz.

La muñeca cerró los ojos cuando escuchó las tijeras cerrarse. Después simplemente se tocó la cabeza en busca de las fibras faltantes.

María, por su parte, estaba absorta en su trabajo. Tratando de no enredar las fibras tomó la cinta adhesiva y colocó dos pedazos en los extremos de la tira de cabellos que tenía unos diez centímetros de largo. Se aseguró que estuviese bien sujeta y luego enrolló la parte inferior de la tira alrededor del marcador, un poco debajo de la tapa del mismo. Con cinta reforzó la unión y agitó luego el

marcador para ver cómo se movía la improvisada cuerda. Finalmente tomó la taza de té de juguete y la unió a la cuerda por la parte plana de la base con un gran punto de cinta adhesiva. Terminado su trabajo, extendió su pequeña mano y observó la taza oscilar al unísono con el movimiento de la punta del marcador. De sus ojos, destellos de asombro llenaban la habitación de imágenes coloreadas, y su respiración acelerada hacía rumores a su alrededor.

Sin duda, su perinola era muy diferente a la que había visto en el museo, pero era la primera vez que construía un juguete y esa emoción le restaba importancia a la calidad estética de su objeto.

—¿Qué es eso? —preguntó Jessica.

—Essto es una… perinola —dijo María orgullosa.

Sujeto con su mano izquierda la taza y levantó la mano derecha para luego imitar el movimiento que en la proyección virtual había hecho la niña con el fin de encajar las piezas. Soltó entonces la taza y tiró del marcador pero le fue imposible encajar todo como debía hacerse. La taza osciló sin control y golpeó el marcador, pero la cuerda resistió el impacto. María intentó de nuevo pero no tuvo éxito. En esta oportunidad la taza dio vueltas en el aire y tronó un golpe seco cuando se estrelló contra sus dedos.

—¡Auch! ¡Ssí ess difícil! —exclamó la niña y dibujó una sonrisa de oreja a oreja.

Continuó intentando, y en cada intento su persona se emocionaba cada vez más. Subía y bajaba su mano y trataba con mucho esfuerzo de encajar el marcador dentro de la taza. Daba vueltas en la habitación concentrada en su juego mientras Jessica la observaba asombrada. La robot era incapaz de entender la excitación de la niña.

No fue sino hasta después de unos veinte o treinta intentos que la destreza recién adquirida rindió frutos. Luego de soltar la taza esta se elevó elegantemente y luego de girar cayó velozmente justo sobre la punta del marcador. Se tambaleó ligeramente pero se detuvo al rato y permaneció ahí, boca abajo, encajada como debía.

María se petrificó, y abrió los ojos como nunca. Su cuerpo fue recorrido por una sensación de alegría e impresión y una explosión de chispa que surgió de su estómago la hizo gritar y saltar de alegría.

Su madre, en la otra habitación, saltó sobre sí misma y corrió a su encuentro. Su padre le seguía detrás. Abrió la puerta del cuarto de la niña un tanto asustada y manipuló el control de la luz para ver qué estaba sucediendo. María, con la expresión de alegría más

hermosa que sus padres jamás habrían visto, corrió hacia ellos gritando:

—¡Lo hice! ¡Lo hice! Gané en la perinola ¡Lo hice!

Su madre se agachó y tomó de su mano el improvisado juguete que había construido la niña. Soltó luego una carcajada y no pudo evitar controlar las lágrimas. Su padre observaba un tanto confundido.

—Muéstrame cómo se hace, hija —dijo, devolviéndole el juguete.

María intentó de nuevo, y lo logró, estallando en carcajadas.

La mujer abrazó a su esposo, a su lado, satisfecha por el descubrimiento de su hija.

—¿Una perinola? —preguntó el hombre frunciendo el ceño.

La mujer se limitó a asentir.

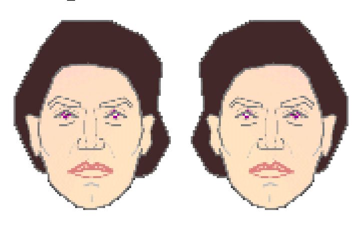
La muñeca robot sonrió como estaba programada a hacerlo cada vez que su dueña sonriese, pero en realidad no entendía nada de lo que estaba sucediendo. No entendía por qué María se mostraba tan feliz si no estaba jugando con ella, su querida Jessica. No entendía por qué un mechón de sus cabellos la hacían más feliz que toda ella.

María continuó jugando y riendo como nunca, pues ningún juguete la había hecho disfrutar de esa manera.

Ronald Delgado tiene 21 años. Nació en Caracas, Venezuela, y ha vivido allí, en la Capital, desde entonces. Está actualmente a un año de ser licenciado en Física de la Universidad Central de Venezuela. Su campo de trabajo es el de la Inteligencia Artificial y la Robótica. Lee principalmente Ciencia-Ficción, aunque también le encanta el Terror y las novelas de suspenso. Su escritor favorito es Isaac Asimov y su novela favorita *Anochecer*. También la serie de la *Fundación*. Adora el trabajo de E. A. Poe y le encantan también las novelas de asesinos en serie como las de Thomas Harris. Admira a los genios como Clarke, Bradbury, Heinlein, Tolkien, Dick, etc. Afirma que "Sobre las películas puedo decir que soy fanático de la serie de *Star Wars* y además de ellas, mis otras dos películas favoritas son *Blade Runner* y *The Matrix*". Admira el trabajo de Spielberg y Kubrick.

Andernow

Waquero

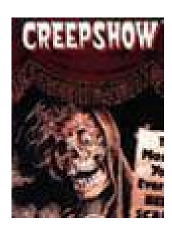


—Guanaco —¿Qué, qué… Moony? ¿Vos por acá? Te hacía más abajo, cerca de Luna de Hueso… —Shhhhhhh… Quiero darle una sorpresa a Waquero. ¿Lo viste por acá? —Nnoo… No sé si viene hoy. —¡Ay, que lástima! *Necesito* verlo… Le quiero mostrar mi osito. ¿Te gusta? —Seeeee…Y, digo yo una cosa. ¿Yo no soy lo mismo? —Mno… sé… No creo. —Creé, creé… Mirá que Waq y yo somos almas gemelas… —Bueno, si vos decís que él hoy no viene… —¡Buenas, buenas! Hola Moony, hola Guana… —Nooooooooo… Waquero, tomatelás…

TEATRO DE REVISTAS

—¿Qué pasó, Guana? —Grumppfkgrumkll. —No entiendo si no separas los labios para hablar… —¡Que por qué tenías que venir justo cuando estoy con Moony! —Pero loco, yo qué sé en qué andan ustedes… —No viste que la pobre chica está perdidamente enamorada de mí. —La verdad, Guana, no me pareció, pero si vos lo decís…

CREEPSHOW



La mejor noticia que puedo darles a los amantes del terror: ha vuelto… Creepy. La revista de terror por antonomasia. “Enterrada” por diez años, devorada por los años y consumiéndonos por el paso del tiempo. Pero como dijo Lovecraft, “Que no está muerto lo que yace eternamente”. Muchos de ustedes la recordarán. La revista Creepy nace en España en 1979 en la editorial Toutain-Editor (basada en la revista del mismo nombre publicada muchos años atrás en USA por la Warren) deslizándose por sus páginas la gama más variada y rica de dibujantes y guionistas de fama mundial.

Basado en el cómic de Ciencia Ficción, Romero (*La noche de los muertos vivos*) creó junto al escritor Stephen King esta colección de capítulos llenos de sorpresas al más terrorífico estilo de los cuarenta. Concepto que más tarde fue utilizado para producir “Cuentos de la Cripta”.

Inicialmente, Creepshow empezó siendo un proyecto para una miniserie en televisión, en la que no se contaba con la participación de Romero. Finalmente terminó transformándose en la mejor película de terror de los años 80. En 1982 se publicó el cómic con el mismo nombre, ilustrado por Berni Wrightson.

JUEGOMANÍA

—¿Qué pasa, con los juegos también? —Pero animalini, con el dólar disparado conseguir juegos está un poco difícil. —¿Volveremos al ta-te-ti? —A los crucigramas… —Después te enojás si te pego. —A quién… —¡Te pego un pezuñazo!

LARA CROFT (Mi amor ha vuelto): The Angel of Darkness



Esta vez Lara ha sido acusada de la muerte de su mentor, Werner Von Croy (injustamente, desde ya), lo que la transforma en una perseguida por la ley, debiendo, en un mundo de sangre y crueldad, transformarse en un Ángel de justicia.

Algunos cambios sustanciales nos traen a una Lara mucho más sexy y mucho más peligrosa. Con el *engine* mejorado del Half-Life pero en la acostumbrada versión de segunda persona, podremos ver a Lara atacar incluso de distintos lados y verla por fin… correr de frente; claro que de esta forma nos llevamos cualquier cosa por delante por no mirar el camino.

Con puzzles mucho más complicados pero con una absoluta lógica y enemigos netamente humanos, a los cuales conviene “herir” en lugar de matarlos, ya que nos podrán dar algo de información valiosa a lo largo de los distintos niveles del juego. Realmente un placer que el retorno de Lara no sólo satisface sino que te deja… de cama.






—Waquerito, perdoná que me meta así en tu sección pero… —Decime, Moony. —Me puse este look para ver si puedo trabajar de Lara. ¿Qué opinás? ¡Waquero, ¿te sentís bien?! —Signorina, la picota, la pincota singorina… —¿Qué decís?, no te entiendo. Guanaco, menos mal que llegaste. ¿Te gusta mi look Lara?, le pregunté a Waquero, pero me responde muy raro. ¿A vos qué te parece? —Signorina, la picota….



¿Te gusta mi look de Lara?

THE DARK ANGEL

Con este sugestivo título, casi a la par de la aparición de Lara, la ignota Venus nos asombra con este juego mezcla de sexo y terror. Uno de los pocos que se pueden apreciar en la totalidad de ambos géneros.



La sensual Laria (¿?)

Las partes de terror son realmente terribles pero sutiles, así como la sensualidad. Evidentemente muchas de las situaciones son copiadas de las aventuras de Lara. Desde el nombre Laria (Y… bueh), una joven detective un tanto futurista recibe un extraño *mail* en donde la convocan a una isla en la cual desaparecer es cosa sencilla. Toda la culpa la tiene un malo llamado Thropper que, lo crean o no, se autoconstruyó. Laria descubre que a partir de un experimento abandonado, en el cual se intentaba crear un supersoldado, este coso que es grande y feo terminó como pudo el trabajo pero necesita de… piel humana para vivir. Pero no cualquier piel sino de las chicas más bellas de toda la isla y aledaños. Laria, que se banca cualquiera (las escenas de pelea son espectaculares y Laria tiene más de doce movimientos de ataque y defensa), tiene también movimientos a la hora de desvestirse, que son manejados por el jugador. Entonces la cosa es así: cuando Laria pelea o resuelve puzzles el *engine* es el mismo de las primeras de Lara, cosa que no está del todo mal. Pero la escenitas de sexo y las peleas con los mutantes son alucinantes (recomiendo, en las peleas con los seres de alas negras y sin rostro, utilizar el filo que Laria lleva escondido en su larga trenza, o el puñal que saca de entre su pechos).

VAYAMOS POR PARTES, FRANKIE

En esta sección ponemos mensualmente una novela en capítulos, por pedido del público, que extrañaba esa incertidumbre de la espera por saber qué va a pasar. Esta es la segunda parte.

La Pared Delgada

by Waquero

Capítulo 3 – Un paseo por la oscuridad

Esa noche cené solo en el Corcel Gris, con una rudimentaria sensación de apatía. El lugar estaba prácticamente vacío y hasta la pesada compañía de Kendall, el alcohólico polizonte, hubiese sido preferible. Al llegar a mi cuarto miré la pared que me separaba de la señora Lagger y silenciosamente apoyé mi oído contra ella, sintiendo el frío contacto de la madera contra mi piel.

Nada más que un abisal silencio provenía del otro lado.

Luego que fumé algunos cigarrillos y bebí unos tragos de mi botella, decidí que no podría dormirme. Salí a la acera y caminé sin rumbo

fijo, desechando la esperanza de encontrar algo abierto donde mojar el gaznate. Una silueta sigilosa se desprendió de una pared que tenía un gran cartel de cámaras Kodak. Quedé sin aliento y paralizado por unos minutos, preguntándome de qué se trataba o, irracionalmente, que pasaría si eso fuese a atacarme. Cuando la imagen terminó de conformarse, visualicé que se trataba de un hombre corpulento que me observaba en silencio.

—Oh… —exclamé—. Lo siento amigo pero me asustó… —Ninguna respuesta provino de las sombras—. Bien… Buenas noches —dije con la intención de continuar mi camino.

—¿No puede dormir, señor Norton? —La inconfundible voz del alguacil Kendall provino de la silueta, sonaba seca e impersonal, casi amenazante.

—Yo… en realidad —Estaba realmente asustado y recurrí a lo que en ese momento me pareció mi única tabla de salvación—. Pensé que me vendría bien un trago…

—¡En ese caso permítame que lo acompañe! —La voz recuperó la cordialidad de siempre, con ese tinte un tanto quebrado que es característica de los bebedores empedernidos. Su figura, al desprenderse de la oscuridad, pareció recobrar su pequeño tamaño habitual, y a pesar de saber que había sido un efecto óptico no pude evitar soltar un suspiro aliviado.

Nuestro destino final fue un viejo cabuz dos calles más abajo. Otrora había sido un vagón de un tren de lujo y ahora se veía irreal fuera de sus vías y ocupando el centro de un solar de estacionamiento abandonado. El inconfundible olor a comida mejicana llegaba a mi nariz de una forma no muy desagradable. Al sentarnos a la barra un sombrío despachante que parecía tener un maloliente cigarro enredado entre la tupida y enmarañada mata de bigotes sacó una botella de Jack Daniels y se la entregó al alguacil.

—Prepara dos “burritas”, Moe —Se inclinó sobre su asiento y tomó dos vasos llenos hasta el borde.

Tengo un sistema fabuloso para mantener conversaciones mientras mi mente está en otro lado. Mi madre decía que era un don de la naturaleza el asentir en los momentos justos y de la manera adecuada de forma convincente para nunca ofender a la persona, y un dispositivo especial que sólo se disparaba cuando algo de lo que ésta decía me interesaba. Sin embargo, en esta ocasión —aunque ya me había fallado con Virginia Lagger— o no funcionaba o la conversación del alguacil Kendall se mantenía por las abrumadoras aunque serenas aguas del aburrimiento total.

—… eso es así; sí, señor. Al menos eso decía siempre mi hermana que vive con su marido y seis hijos en Ohio. —El nombre me retrotrajo a lo que en realidad nunca había dejado de pensar y seguramente el alcohol contribuyó a que mi lengua, por lo general discreta, se soltara más de lo debido.

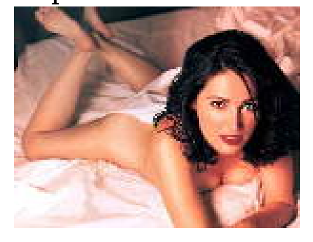
—¿Ayer regresó el señor Lagger?

—¿Lagger? No. ¿Qué le hace pensar eso?

—Anoche tarde escuche reír de buena gana a la señora Lagger. Usted sabe, por lo de la pared delgada. Pensé que su marido había regresado y esto la alegraría.

—No. De ser así yo lo sabría. Además el señor Lagger jamás conduciría de noche, no ve bien en la oscuridad.

—Entonces la señora Lagger estaría en agradable compañía como para pasarla tan bien…



Semejante hembra, con la mayor parte del tiempo libre, ha sido la meta de todo Springwater.

Kendall me miró unos instantes con los ojos encendidos y temí que el alcohol me hubiese hecho hablar de más, cuando estalló en una sonora e irritante carcajada, salpicándome con partículas de whisky y chile.

—Perdona que me ría, amigo mío… Pero si tienes esperanzas de tirarte a la señora Lagger pierdes tu tiempo. Semejante hembra, con la mayor parte del tiempo libre, ha sido la meta de todo Springwater y los cuatro condados que la rodean, pero la Dama es la mismísima Madre María en persona. Jamás lo haría con nadie que no sea su marido, y créeme que todos o casi todos en este pueblo lo han intentado. La rubia Lagger accede a tomar un café con todos siempre y cuando la trates como una princesa, pero si por los morros se te ocurre insinuarle algo te dejará con un palmo de narices delante de quien sea. ¡Olvídalo!, no creo que Virginia decida serle infiel a su marido y menos con un forastero como tú (sin ofender por supuesto).

De manera que la Señora Lagger, sólo había decidido jugar un poco conmigo. Pero eso no explicaba la extraña risilla que provenía de su cuarto la noche anterior.

Luego de despedirme del alguacil llegué en silencio a mi cuarto. Faltaba una hora para que empezara a amanecer y estaba decididamente mareado. Me desvestí como pude y como última cosa volví a apoyar la cara contra la pared. La aparté de inmediato. La pared estaba caliente como un hornillo. Acerqué la mano nuevamente con mucha precaución esta vez. No irradiaba calor; al tocar por segunda vez noté que tenía una temperatura normal, sin embargo no podía convencerme de que había sido una alucinación provocada por el alcohol (algunas horas después vería en el espejo del baño una mancha en mi mejilla del tamaño y color de una fresa). Al cabo de un momento apoyé el oído en la madera. *Del otro lado se escuchaba un suave susurro, bajo y constante. Como el inquietante ronroneo de un gato gigante.*

Continuará...

LA LUNA DE HUESO

by **La Strega**



Me voy a ronronear a la camita.

—Moony! ¿Qué andás haciendo? —Sólo paseaba por ahí, bombón

… —Mmmm. No me gusta que salgas de la sección sin permiso. —Pero brujita, si no me va a pasar nada. ¿Qué te preocupa? —Son los demás los que me preocupan… Con vos suelta y desnudita ¿QUIÉN LABURA? —… —¡En fin! Mirá Moony, te quiero presentar a unas amigas… —Mmm… huelen rico… como a ¡PESCADO! —¡MOONY, COMPORTATE! —Pero… tengo hambre… ¿Bruji, por qué ponés esa cara?… Bueno, mejor me voy a ronronear a la camita… ¡Miau!

LAS SIRENAS

En lo profundo del mar, ellas aguardan a su presa. El olor del hombre las atrae, con esperanza y deseo. Quieren saber qué es el amor…

“Sirena, en el mundo de la mitología y el folclore, criatura marina. Desde la edad media, la iconografía la presenta con cabeza y torso de mujer y cola de pez, aunque en la mitología clásica tenía cuerpo de ave, y así aparece en numerosos vasos griegos.”

Difícil es dilucidar el verdadero origen de las sirenas. Dejando a un lado a las antiguas sirenas con forma de mujeres-ave, se dice que la primera mujer-pez conocida fue Atargatis, la diosa de la luna, protectora de la fecundidad y el amor. Atargatis, perseguida por Mopsos, se sumergió en el lago Ascalón con su hijo y se salvó gracias a su cola de pez. Esta leyenda se confunde con la de la diosa siria Derceto, que también se arrojó a las aguas del mismo lago, después de matar a uno de sus sacerdotes y abandonar a la hija de ambos en el desierto. Derceto recibió la cola de pez como símbolo de su pecado, y su hija, criada por las palomas, se convirtió en Semíramis, reina de Babilonia.

Para buena parte de los sabios griegos, sin embargo, las sirenas tienen por padre a Aqueloo, un río personificado en figura de hombre con cola de pez. En cuanto a la madre, la confusión crece: puede ser la diosa de la memoria, o alguna de sus hijas, las musas. Quizá las sirenas sean hijas de la Elocuencia, de la Danza, de la Tragedia o de la Música. Hasta podrían ser hijas de Ceto, la ballena.

También puede encontrarse una semejanza con las sirenas en la diosa Afrodita, hija del semen de Zeus convertido en espuma de mar, que fue diosa del amor y protectora de los marinos. Su espejo ha sido heredado por toda la estirpe de sirenas.

Probablemente las sirenas aparecieron por primera vez en los relatos de los marineros que tomaron como tales a mamíferos marinos, como manatíes, vacas marinas y focas. En la civilización occidental, se continuaron registrando avistamientos hasta el siglo XVIII,

cuando el racionalismo empezó a echar abajo la superstición y la fantasía.



Cuenta la leyenda que las sirenas poseían una voz de inmensa dulzura y musicalidad y cada vez que un barco se les acercaba usaban su canto para atraer a los marinos quienes, encantados por sus sonidos, no podían huir de ellas y se arrojaban al mar para oírlas mejor, pereciendo irremediablemente. Sin embargo, si un hombre era capaz de oírlas sin sentirse atraído por ellas, una de las sirenas debería morir.



Hasta en los mapas del Renacimiento podía leerse la frase “Hic sunt sirenae” (Aquí están las sirenas) escrita en medio de las áreas destinadas a los océanos. El hombre que surcó el Atlántico, Cristóbal Colón, también asegura que él y sus hombres las vieron, aunque no tan bellas como cuentan las historias. Muchas crónicas de reyes refieren la existencia de sirenas capturadas y ya cercanos nuestros días navegantes y exploradores relatan encuentros con mujeres marinas, como una que apareció en la Antártida en 1823 u otra en las Bahamas en 1869. La primera tenía los cabellos verdes, la segunda, azules. Sin ir más lejos, en Liérganes, municipio español, existió un hombre-pez, y circulan rumores de otro ser de estas características en el río Ebro.

OTRAS…

Debajo de los ríos y los mares hay inmensas ciudades y reinos de ninfas y duendes del agua, pero principalmente se dividen en dos grupos: las Ondinas y las Nereidas.

Las Ondinas o hadas de los ríos son de una gran belleza, y así como Ondinas se les denomina a las criaturas femeninas, el término masculino es Wallanos. Aman y gobiernan el agua y se encuentran en sus profundidades, dirigiendo grupos de Minutes, que trabajan

continuamente, guiando el agua por su cauce natural y hasta su salida al mar.

Las Nereidas o hadas del mar para el género femenino y Ensines para el masculino, son los que controlan las aguas del mar, sobre todo cuando hay tormentas, ya que sin su trabajo el efecto del agua en las costas sería devastador. Prestan gran ayuda al hombre, sobre todo en alta mar. Permanecen un año en plano físico y cien años en plano astral. Trabajan en grupos y forman parejas en las que se intercambian poderes.

Para los antiguos griegos, las ninfas eran los espíritus elementales del agua. Ellos dieron nombre a todas las razas de ninfas:

- Oceánidas y Nereidas, para las ninfas marinas, verdaderas antepasadas de las sirenas;
- Náyades, Creneas y Pegeas, las ninfas de las fuentes;
- Potamides, las ninfas de los ríos;
- Limnades, las de los lagos.

—Ahora no sé que hacer con este asunto de las sirenas, amorcito. —¿A que te referís, Moony? —Y, si me encuentro con una no sé si comérmela o enamorarme… —Moony, no cambiás más. —¡A que sí! Ahora me vas a ver de rubia.



Hasta el mes que viene mis gatitas y gatitos.

La Luna de Miel

Todos aquellos que deseen colaborar pueden enviar sus trabajos en formato rtf a lastrega@keko.com.ar

Dulce muerte

Tan sensual y suave como la locura,
llegas en una noche un poco oscura
iluminada con velas ya casi apagadas.
Con tus pies desnudos tocas mi sangre,
aquel líquido espeso

que sale de mis manos rasgadas
manchando gran parte de mi habitación.
Tengo los ojos ya casi cerrados
mientras la respiración se me agota
y escucho un tenue susurro
que corresponde a mis llantos
y con un suspiro cortado
me despido de esta vida miserable
que me había tocado
para entregarme fielmente
a tus brazos.

Leidy Parra

EL LABORATORIO DEL DOCTOR ELEPHANT

by La Medusa Negra

Hace ya treinta años que Mazinger Z vio la luz por primera vez en la revista Shonen Jump. Su creador, Go Nagai, tenía entonces veintisiete años y contaba ya con el bagaje de haber dibujado la serie Devilman. Sin embargo, el éxito y el salto a la fama le llegarían en 1972, cuando creó al más popular de los robots que nos han llegado desde el país del Sol Naciente. Muchas han sido las secuelas, de resultado desigual y en general poco conocidas por los aficionados fuera de Japón, y también muchas han sido las imitaciones. La popularidad del personaje, a pesar del tiempo que ha pasado, sigue completamente vigente en todo el mundo.



La leyenda dice que Go Nagai tuvo la idea de Mazinger Z durante un atasco de tráfico. El autor pensó lo fantástico que sería que su coche tuviera brazos y piernas para ser capaz de escapar del embotellamiento y, a partir de esta primera ocurrencia, acabaría obteniendo el concepto final de la serie. En un primer momento del desarrollo, el robot recibió el nombre de Iron Z y su piloto, Susumu

Kaze, montaba una moto que servía a su vez como cabina de pilotaje cuando se acoplaba al androide. Al proyecto se incorporó también Fuji TV, que pretendía emitir un anime basado en la serie y propuso ciertos cambios. El primero, de nombre: pretendían que recibiera el nombre de Energer Z. También propusieron cambiar la moto por un planeador para evitar confusiones con un personaje de otro anime popular por aquella época. Se introdujo, finalmente, una versión femenina del androide llamada Iron A, que acabaría evolucionando en la conocida Afrodita A.



Más tarde, Nagai introdujo el concepto de la Super Aleación Z o Japanium (el material con el que se había creado el Mazinger) y de la Energía Foto-atómica (que impulsaba al robot), y cambió también el nombre del personaje al definitivo Mazinger Z. El protagonista también cambiaría de nombre y pasaría a ser el Koji Kabuto que todos conocemos, nieto del creador del robot. El argumento de la serie no podía ser más sencillo: el Mazinger se enfrentaba a las fuerzas del mal comandadas por el Doctor Infierno y su secuaz el Barón Ashler, que pretendía apoderarse del planeta mediante sus ejércitos de robots (los llamados “brutos mecánicos”). Infierno, por supuesto, era derrotado una y otra vez.

El manga de Mazinger empezó a publicarse en Shonen Jump partiendo de esta premisa, pero no tardaría en adaptarse a la pequeña pantalla. Y fue con la serie de animación cuando Mazinger saltó a la fama. 92 episodios y un par de especiales popularizaron el género de los súper robots y dieron origen a multitud de secuelas que se extienden hasta hoy.



Tras unos años de sequía y proyectos menores, por fin los aficionados iban a tener una alegría. En 1998, Go Nagai retomaba en forma de manga al personaje que le hizo famoso. Esta vez sería en las páginas de Shonen Magazine, bajo el título de Z-Mazinger. La nueva serie seguía utilizando conceptos y personajes de la serie original, a modo de remake, pero introducía ligeros cambios tanto en la imagen del robot como en la del resto de los protagonistas. Además, el origen de Mazinger sufría también ciertos retoques: en lugar de ser de fabricación humana, el robot fue creado por un extraterrestre llamado Zeus, el mismo al que los hombres tomarían por un Dios del Olimpo. Pero lo mejor y más espectacular estaba aún por llegar…

La última encarnación de Mazinger no ha nacido en las páginas de una manga ni de una serie de animación, sino en los bytes de un videojuego para la fenecida consola Sega Saturn: Super Robot War F. En él podíamos ver una nueva versión del conocido robot llamada Mazinkaiser, mucho más grande y pilotada de nuevo por el clásico Koji Kabuto.

Poco más que esto esperaban los fans tras la alegría que supuso el lanzamiento de Z-Mazinger. Sin embargo, había una sorpresa guardada para todos ellos: una nueva serie de anime basada en los personajes de Mazinger, la primera en más de 25 años.

El título de esta nueva serie es Mazinkaiser y está basada en esa nueva versión del robot. Pensada para extenderse en un principio a lo largo de 7 Ovas (animación realizada directamente para su distribución en video) que aparecerán bimensualmente, la nueva serie nos muestra como el Mazinger original es capturado por su

eterno enemigo, el Doctor Infierno, que lo usa contra el Gran Mazinger junto a gran cantidad de nuevas versiones de los monstruos mecánicos clásicos. El propietario del Mazinger, Koji Kabuto, encuentra entonces la última creación de su abuelo: el Mazinkaiser, una versión mucho más poderosa del robot original, que reemprenderá la lucha contra el doctor Infierno reemplazando al Gran Mazinger. Además de la lógica nostalgia que provoca ver de nuevo a los personajes cabe destacar la modernización a la que se ha sometido a los protagonistas originales y, evidentemente, la mejora de la animación respecto a la serie original.

Las noticias que llegan de Japón apuntan que a lo largo del próximo año aparecerá en todo el mundo la versión doblada de esta nueva serie de la mano de Dynamic Planning, tanto en VHS como en DVD. Es de suponer que nuestro país no va a ser la excepción.

GRAN CONCURSO GRAN - Especial MURGA

Les recordamos a los amadísimos lectores que los cuentos deben mandarse en formato rtf ya que mi PC caprichosa no los lee de otra forma.

Teniendo en cuenta lo breve de los trabajos y la calidad de los mismos les mostramos todos los que participaron…

Sin título 2

by Martín Brunás

(por algunos considerado el mejor)

Hace años que la murga alegra este poblado rústico. Ni la nieve ni las lluvias pueden sofocarla. La piel sintética protege sus mecanismos. Y los radares internos evitan el tropezar con los difuntos.

Pasos

by Agudo

Pasos rítmicos en las veredas. El tránsito en las calles se diría que sigue un firme código morse. En las esquinas sin semáforos la coreografía es de una bien ensayada exactitud, sincronizada, sin vacilación en cada paso de los peatones, en cada alto de los

vehículos.

La ausencia de señalizaciones, de prohibiciones, es suficiente recordatorio, grave advertencia y temible símbolo tácito de cuán importante es el orden en esta sociedad perfecta.

Robots, humanos, ciborgs, todos caminan, hablan, ríen, discuten, se gritan, en una engañosa aleatoriedad. Los colores punzantes, las luces parpadeantes de los enormes anuncios, las diversas músicas que se mezclan en el aire se sobreesfuerzan intentando probar que sí hay libertad, mucha libertad.

Un hombre sale de una alcantarilla haciendo sonar un pito en ritmos alocados. Varios robots se descuelgan de una ventana cargando bombos y tambores y comienzan a batir parches. Tres mujeres se desprenden de la masa de peatones, dejan caer sacos y abrigos descubriendo piel morena y volados de tela multicolor, y empiezan a agitar las caderas y extremidades al ritmo de las maracas. La murga baila, se embriaga de verdadera libertad, de rebelde inconformismo. La muchedumbre se junta, ríe curiosa, se contagia del ritmo no pautado. Entonces suena la sirena de la ley.

—¡Alto, policía! Quedan arrestados por violación grave al Código de Orden —grita con voz de altoparlante el ancho robot sargento parado en la bocacalle.

Sin perder tiempo se desarrolla la otra coreografía, la de la ley en acción. Robustos robots policías se aproximan desde todos los ángulos, rodean a los rebeldes, los esposan sin miramientos, eficientemente, sin prestar atención a gritos o patadas. En pocos minutos los cargan en los celulares y se encaminan ordenadamente a la central.

En tanto, la muchedumbre abuchea, se queja, grita un poco pero finalmente se disgrega ante la amenazante presencia de los policías. Algunos piensan: “algún día esto va a cambiar, ya van a ver”, otros: “¡aguante, rebeldes!”, pero todos retornan al pautado y milimétrico ritmo diario. Sin embargo queda un residuo en ellos, hay algo que contar, ¡algo que se sale del esquema nada menos! También hay una sensación de alivio, una inconsciente y suave alegría que hace la rutina más llevadera mientras dura.

—Aquí está mi informe del operativo, capitán.

—Bien, veamos. Mmm, creo que ha pasado la prueba exitosamente. Los índices de estrés en el sector ya están descendiendo. El coeficiente de sincronización social se ha elevado.

El teniente se permitió una ligera sonrisa.

—Felicite al equipo ‘murga’ y mándelo a descansar hasta el próximo operativo. Voy a informar al Director General ya mismo -se entusiasmó el capitán-. No puedo esperar a ver la cara que pone cuando le confirme que nuestra ‘loca’ idea va a subirle en varios grados el óptimo de eficiencia.

La matraca y el microscopio

by Diego Escarlon

Gustavo, sonriente, dibujaba encorvado sobre su anotador. Los ojos le brillaban alegres y ansiosos.

El doctor Galíndez entró al laboratorio con un termo en la mano y un mate en la otra. Vio a su ayudante garrapateando sonriente y, extrañado, le preguntó.

—¿Qué pasa, Gustavo? ¿Alguna buena noticia? ¿Apareció la proteasa?

—Nnno. No pasa nada jefe —dijo mirando hacia la máquina que analizaba sistemáticamente los cientos de muestras que habían preparado—. Me estaba acordando de un chiste.

—Sí, claro. Un chiste. Vaya saber qué cosa andabas pensando en realidad. Cuidado que así es como ocurren los accidentes. Ponete las pilas —dijo, imitando la jerga de su ayudante—. Cuando yo trabajaba con Leloir todo era

concentración, no nos permitíamos ni el más mínimo…

El repiqueteo del teléfono interrumpió el improvisado pero ya conocido discurso. Gustavo se arrojó sobre el escritorio pero Galíndez, que se encontraba al lado, llegó una fracción de segundo antes y mirando a su ayudante con el ceño fruncido levantó el tubo.

—Hola. ¿Quién habla? —preguntó-… ¿Ezequiel? ¿Qué Ezequiel? ¿De qué laboratorio estás hablando?… Ahhh, del cuarenta y dos. ¿Ése no es el laboratorio del doctor Hermida?… Ahhh, tu jefe… Sí, está acá. Tomá Gustavo, es para vos —dijo, pasándole a éste el teléfono.

—Hola, ¿Ezequiel?… Sí… Me alegro que el cromatógrafo te funcione bien, cuando tenga tiempo voy a ir verlo. —El doctor Galíndez se alejó mascullando algo sobre los cromatógrafos del Campomar y sobre la juventud de hoy en día.

—Ya se fue —dijo Gustavo cuando el doctor se alejó lo suficiente—. ¿Qué pasa? … ¿Hoy? ¿No era mañana? … Bueno, no importa, los míos ya están listos, voy apenas pueda sacarme de encima al

braquiosaurio. Chau.

Gustavo fue a la heladera y sacó un pequeño tubo de ensayo. ¿Qué le diría a Galíndez? Tendría que ser algo sobre la proteasa que estaban purificando o, mejor aún, algo que tenga que ver con el Campomar…

El doctor volvió con la azucarera.

—¿Al final que tenía el cromatógrafo ése? —preguntó Galíndez.

—Una pavada, la columna ya no da más, se aflojó otra vez y…

—Claro, una pavada, como siempre. Pavadas como esa son las que pueden arruinarte una tesis o llenarte de vergüenza frente a la comunidad internacional. Justo ahora venía de hablar con Hernández, bueno —dijo con una leve sonrisa—, en realidad vengo de discutir con él. En este laboratorio tenemos ciento cincuenta mil dólares en equipo inutilizado. ¿Y por qué está inutilizado? ¡Porque no quieren aprobarme unos miserables quinientos para los repuestos! Que el presupuesto, que los gastos de aduana, que la crisis y que la mar en coche y los callos del ministro de economía. Es una vergüenza. Andá acostumbrándote para cuando tengas tu propio laboratorio.

Súbitamente a Gustavo se le iluminó la cara y dijo:

—¡No hay más bizcochitos de grasa!

—Ohh. ¡No puede ser! —protestó el doctor.

—Sí, no hay más —gimió Gustavo con cara de inocente víctima de las circunstancias.

—Un mate no es un mate sin bizcochitos de grasa. ¿Podrías ir a comprar un paquete al kiosco de la esquina por favor?

Gustavo salió del laboratorio, el de Damián estaba sólo dos pisos más arriba, pero él, con su preciosa carga, no se atrevía a usar las escaleras. Cuando las puertas del ascensor se abrieron, unos sonrientes ojos verdes lo recibieron.

—Hola, Patricia —dijo él al entrar.

—Hola, Gustavo —saludó ella—. ¿Cómo está el braquiosaurio?

—Mateinómano como siempre. ¿Y los copépodos?

—Bien, demasiado bien, cuando están de buen humor se pelean. Ya estoy harta de sus quilombos. No tendrían que trabajar juntos. Es más, deberían divorciarse y dejar de jorobar al universo.

—Ya terminaste los tuyos, supongo.

—Sí, en realidad me quedaron bastante bien.

—¿Bastante bien? —preguntó él intrigado.

—Sí, pero no vas a sacarme nada de nada. Te vas a aguantar aunque transpires sulfúrico concentrado.

Las puertas se abrieron, Patricia y Gustavo salieron y comenzaron a caminar por uno de los largos y estrechos pasillos.

—¿No vas a contarme nada entoces?

—Nada de nada.

Llegaron a una puerta y entraron. El laboratorio de Damián Castillo era, como muchos de los laboratorios del instituto, una pequeña jungla de estantes llenos de aparatos, cajas repletas de cables, frascos de reactivos y circuitos electrónicos.

En uno de los rincones Damián y Ezequiel se habían poco menos que zambullido dentro de un monitor que mostraba una vista aérea de un estadio de fútbol.

—¿Y eso? —preguntó Patricia.

—Es la cancha para el campeonato de la semana que viene —explicó Damián—, pero hoy vamos a darle otro uso. ¿Trajeron los tubos?

Los tres ayudantes extendieron sus manos mostrando cada uno su tubo de ensayo. Damián los tomó y, sumando el suyo propio, vació los cuatro en una placa de Petri. Los tubos contenían, cada uno, un gel grumoso de color celeste con un pequeño punto oscuro inmerso dentro. Damián tomó una micropipeta, pescó los cuatro puntos y los depositó con infinito cuidado en el portaobjeto que estaba bajo el microscopio. Cambió la pequeña punta descartable de la micropipeta, sacó, de otro tubo de ensayo, una pequeña cantidad de un líquido ámbar y la trasvasó en el portaobjeto.

—Esto lava el gel —explicó Damián a sus hipnotizados espectadores.

Quitó el líquido con la micropipeta y dijo triunfalmente:

—Bien. Abran los ojos que ahora va a empezar.

En el monitor, a medida que el volátil líquido de lavado se evaporaba, se podía ver cómo los cuatro puntos se iban desmoronando. Lo que antes eran grandes terrones de color gris oscuro, se estaba transformado en una multitud de puntos grises que cubrían todo el estadio.

Damián, con aire de maestro de ceremonias, dijo:

—Y ahora… Desde los laboratorios del Instituto de Investigaciones Esenciales… En vivo y en directo…

Se estiró un poco hacia el teclado de su computadora y tecleó algunos comandos. Los puntos se aglutinaron en el centro de la cancha, formando cuatro bien definidos grupos.

—Luego de un enorme esfuerzo de producción… —continuó Damián—. Y como fruto de un multimillonario presupuesto, brindado desinteresadamente por nuestros queridos gobernantes… —dijo guiñándole un ojo a Patricia—. Contra todo reaccionario intento de prohibición por parte de la nefasta Comisión Reguladora de Nanotecnología… Pese a todos los negros pronósticos del obtuso Doctor Shwek de Estocolmo… Y pese también a las paternales pero retrógradas críticas de Hitsuroki de Tokio…

Damián tecleó un par de comandos más y cada grupo tomó un color característico; rojo, azul, amarillo o verde.

Los tres ayudantes, embobados a más no poder, ni se animaban siquiera a pestañar para no perderse detalle.

—Les presentamos… En una primicia absoluta y completamente exclusiva…. Desde el Sambódromo más pequeño del mundo… ¡A las únicas cuatro nanocomparsas del Universo entero!

Dicho esto tecleó dos comandos en la computadora y ajustó el zoom del microscopio. Los puntos, pequeños nanos con forma humanoide, comenzaron a moverse en sus lugares. Sus movimientos eran cortos y rápidos. Se veían como una muchedumbre de personas que deben quedarse quietas, pero que tienen, todos a la vez, una terrible urgencia de correr hacia el baño más cercano.

—¿Qué pasa? —preguntaron los ayudantes.

—¡Qué tonto! —exclamó Damián—. Falta la música.

Activó un segundo programa y, luego de unos pocos clicks del mouse, una alegre musiquita se asomó por los altoparlantes a ambos lados del monitor. En este último se veía cómo los nanos comenzaban a bailar enérgicamente. Los cuatro grupos se mezclaron en un baile frenético. El zoom de la cámara, manejado por Damián, paseaba por el estadio mostrando los miles de pequeños hombrecitos que saltaban y danzaban enloquecidos.

—¡Miren eso! —dijo Ezequiel, señalando con el dedo una esquina del monitor.

—¿Quién programó al grupo rojo? ¡Esos dos de ahí están bailando tango!

Patricia sonrió y dijo maliciosamente:

—¿Cuál es el problema? ¿Dónde está escrito que no se puede bailar tango en una murga? Por ahí debería haber otra pareja roja

bailando rock and roll.

Los nanos, descontrolados, saltaban y corrían impulsados por los calientes ritmos de la música. A veces se agrupaban y, uno sobre otro, formaban columnas de doce o quince integrantes que agitaban los brazos marcando el compás. Otras giraban en círculos como cabeza y cola de un perro juguetón. Espontáneamente se juntaban en bandas que recorrían la diminuta cancha subiendo y bajando los brazos, como una ola murguera que descubrió, a diferencia de las que nacen en las gradas de los estadios de fútbol más grandes, cómo salir de su posición estática en los márgenes del campo.

A simple vista el estadio, grande como la cabeza de un alfiler, tenía la apariencia de un chorro de aerosol multicolor, sólo que concentrado en un minúsculo punto, bajo el microscopio. Si se forzaba la vista podía verse cómo los miles de reflejos producidos por los nanos se encendían y apagaban en una continua explosión, atenuada por lo pequeña, sobre el portaobjetos.

De pronto Damián vio cómo una mancha gris crecía entre la multitud danzante que poblaba el estadio.

—¿Qué es eso? —preguntó Gustavo.

Damián, sin responder, enfocó rápidamente la mancha. Una quinta especie de nanos estaba copando la fiesta. Los nanos grises eran de dos tipos, bailarines, tan locos como sus pares de colores; y gordas sintetizadoras que construían más sintetizadoras y bailarines.

—¡Contaminación! —exclamó Damián. Sacó rápidamente el portaobjeto del microscopio y lo colocó dentro de una caja de Petri. Llevó ésta hacia la otra punta del laboratorio donde tenía una gran botella de ácido clorhídrico.

Caminaba sin despegar los ojos del recipiente. La mancha había superado el portaobjetos y crecía cada vez con más velocidad. Cuatro pasos antes de llegar hasta el estante donde guardaba la botella, la mancha se acercó peligrosamente a la punta de uno de sus dedos y, antes que lo alcanzase, Damián se vio a obligado a soltar la caja de Petri, dejándola caer al piso. Ésta, al ser de vidrio, estalló en mil pedazos, salpicando su contenido en el suelo.

Damián gritó:

—¡Afuera! ¡Todos fuera!

Las gotas de la sustancia continuaron creciendo y se fusionaron en una sola gran mancha que continuó expandiéndose sin cesar.

Luego de empujar a los tres jóvenes hacia la puerta de salida, Damián se abalanzó sobre la computadora. La mancha, que ya tenía

un metro de diámetro, alcanzó la pared y comenzó a trepar por ella. En el centro de la mancha el piso estaba notoriamente hundido, se estaban comiendo, más lentamente pero sin pausa, el cemento del suelo.

Se sentó en el banco y comenzó a teclear con desesperación. De pronto el monitor de la computadora se apagó.

—¡Maldición! —masculló con rabia. En la pared los nanos habían alcanzado los cables que iban hacia el enchufe de su escritorio, dejando su computadora sin electricidad. La mancha también se había comido el suelo y podía verse el laboratorio del piso de abajo. Sus colegas vecinos aún no se habían percatado del peligro. Se acercó al agujero lo más que pudo y gritó:

—¡Cuidado allá abajo! ¡Aléjense de la mancha!

Damián arrancó de un tirón los cables de la computadora y cargó con la CPU y el monitor, llevándolos hacia una pared que, según sus cálculos, aún tenía electricidad en los enchufes. Dejó su carga en el suelo, corrió nuevamente hacia el escritorio y volvió con el transformador, el teclado, el mouse y la pequeña caja azul que radiaba las órdenes a los nanos.

Conectó todo, encendió la computadora y ésta comenzó su lenta rutina de arranque. Volvió a mirar hacia la mancha. El agujero del piso ya era un cráter y la pared se consumía como plástico en el fuego. Blancos vapores se desprendían de la extraña sustancia; quizás eran subproducto de la síntesis de los nanos. Los ojos de Damián no podían ver los diminutos murgueros grises que, aunque también habían acabado con la música, continuaban bailando y corcoveando en su mundo de fiesta y jolgorio. La silla de su escritorio fue cubierta frente a sus ojos con el aerosol líquido. Con una velocidad aterradora ésta se deshizo, como un terrón de azúcar depositado en un platito con té humeante.

Damián, sentado en el piso con las piernas cruzadas, golpeaba con sus puños el suelo como si con esto acelerara el adormilado despertar de la máquina. Una pantalla azul le advirtió que la computadora chequeaba la causa de su brusco apagado.

Con un manotazo en el teclado saltó esa rutina y el sistema operativo continuó con las rutinas de arranque.

Cuando al fin se completó la carga, activó el programa de comandos y comenzó a teclear frenético. Debería haber hecho esto desde un principio, pensaba recriminándose Damián.

La mancha ya estaba comiéndose el techo y, por los gritos de los científicos, comenzaba a perforar el suelo del piso de abajo. Damián

golpeó la tecla Enter y un mensaje de error saltó en la pantalla. Apretó con fuerza los labios y golpeándose mentalmente la frente con la mano volvió a teclear los comandos, esta vez más despacio. Luego, casi con suavidad, pulsó la tecla Enter.

La mancha se detuvo. Sus colores se apagaron y el líquido sólo brillaba ocasionalmente en pequeños puntos, aquí y allá.

Un escritorio del piso de arriba, con dos de sus patas derretidas, se balanceó en el borde del agujero y cayó atravesando el laboratorio en su ruta hacia el piso de abajo donde se estrelló estrepitosamente.

—¡Uffff! —dijo Damián desinflándose.

—Ya terminó todo —gritó a sus colegas de los pisos de arriba y de abajo.

Desde la puerta de su laboratorio le llegó la voz de Ezequiel:

—¿Se detuvo?

—Sí, se detuvo —respondió Damián con un suspiro de alivio y luego agregó con pesar:

—Ahora sí que la comisión reguladora va a tener con qué justificar la prohibición.

—Digo yo… —preguntó Gustavo tímidamente—. ¿Todo este lío significa que se suspende el partido de la semana que viene? ¿No?

(Sin título)

by Natalia Nacucchio

La murga sonó y se autodestruyó…

Y faltan…

Les recordamos a los amadísimos lectores que los cuentos deben mandarse en formato rtf, ya que mi PC caprichosa no los lee de otra forma.

—Sos un cortamambos, Waquero…
—Guanaco, no sé cómo explicarte que fue sin querer…
—Justo que la tenía muerta a la Moony.
—Creo que ahí viene.
—Hola chicos. Guanaco, te estaba buscando.
—Ho- hola Moo- Moo…
—Calmate que pareces una vaca. ¿Podrías acompañarme a cenar?
—Cóooooomo… ¡¡¡¡Pero desde ya, muñeca!!!!
—Shhhhhh… Así me das unos consejitos para levantarme a

Waquero, ¿sí?
—Grumplusupu…
—Guana, si no separás los labios para hablar no te entiendo…

Quiero dedicar este numero a mi hermano del alma, porque saber que existen vaqueros en este mundo le da sentido a un nuevo amanecer. Sólo quiero que sepas que podés contar conmigo, Poker.

Status Quo

Marcelo Dos Santos

Miré por la ventana.

El Fenicio atizaba el fuego con un fierro que había conseguido en el taller de Fanny. La pobre nunca protestaba, a pesar de los reiterados despojos a los que el Fenicio la sometía.

—¿Ves algo?

—No —respondí.

Mi estado de ánimo no era mejor que el de él. En realidad, estaba aterrado. El ruido ululante del viento al pasar sobre el techo de chapas del galpón no contribuía precisamente a tranquilizarme. Además, padezco desde niño de una cerval aversión a los perros vagabundos, y la zona rural de Tortuguitas no es el lugar más indicado para alguien que soporta una fobia como ésta.

Verdaderamente, el Fenicio tampoco amaba a los perros. Luisa, su hermanita, había sido atacada a muy temprana edad por un danés furioso, que le había desfigurado el rostro. Luisita, pobre, se había suicidado el preciso día de su cumpleaños número quince.

—Los relámpagos se acercan por el sur —dije. El Fenicio se estremeció. No se atrevía a acercarse a la ventana, por eso yo era el vigía.

El galpón vibró bajo una nueva ráfaga de viento. El quejido del Fenicio me sobresaltó, pero mis sentidos continuaban alertas a lo que sucedía afuera.

No sucedía nada. Sólo el viento.

La tormenta se acercaba.

Muy cerca, un perro aulló.

—Che, Fenicio —susurré—. El perro.

—Ya lo oí. Y no me gusta.

—A mí tampoco.

Al rato, el aullido solitario se había convertido en un coro de alaridos lastimeros. El caballo de Giménez, el vecino, se revolcaba mientras tironeaba fútilmente de la brida que lo mantenía cautivo. Estaba desesperado por escapar. A la izquierda, en el baldío del viejo Arce, los gatos huían rumbo al arroyo. La gata del tano de

enfrente chillaba como si la estuvieran carneando. El resultado era una barahúnda escalofriante.

—¿Te diste cuenta, Almirón? —me dijo, jadeando de miedo —. Parece…

—…que se viniera un terremoto.

—Sí. ¿Y querés que te diga algo? Tengo miedo.

El caballo rompió la correa y escapó a través del ligustro. Ya no había gatos ni perros en el contorno. Todos habían huido del peligro invisible. Sólo quedaba el ulular del viento inclinando los álamos y nuestras mentes transidas de terror.

Un timbrazo me sobresaltó.

—El teléfono, Fenicio.

—Aten… Atendé vos.

Caminé los pocos pasos que me separaban del aparato, aturdido por el escándalo de las chapas y la vibración de los vidrios en las ventanas. Levanté el tubo.

—Hola.

La voz de Fanny.

—¿Marcos? ¿Sos vos?

—No. Soy Nicolás.

—Ah, hola. Qué tormenta, ¿no?

—Terrible —dije, forzando la voz para que pareciera tranquila. Ni ella ni nadie sospechaba nada, y teníamos interés en que todo siguiera así.

—Bueno. ¿Anda Marcos por ahí?

Fui a darme vuelta para entregarle el auricular, pero el chillido me lo impidió.

Iba a llamarlo por su nombre, pero su expresión me detuvo.

Intenté gritar, pero mi garganta agarrotada sólo exhaló un graznido.

El tubo cayó de mis manos, mientras la creciente oscuridad hacía más y más difusa la escena. Los árboles, el baldío, la cerca, todo desaparecía como eclipsado por una presencia negra y siniestra que impidiera el paso de la luz de mercurio de la calle.

Pero pude verlo. Sólo por un instante, pero pude verlo.

El Fenicio estaba de rodillas, desnudo, sobre el sucio suelo del galpón. Sus labios entreabiertos rezumaban una espuma verdosa mientras sus manos acariciaban los muslos con una asquerosa

imitación de la lascivia. Sus facciones desencajadas reflejaban todo el horror de la demencia, y su cuerpo se convulsionaba lentamente en una orgásmica letanía de muerte.

Su ropa, la ropa que un instante antes había tenido puesta, estaba ahora amontonada en un rincón, desgarrada y manchada de sangre.

La escena, horrorosa como era, podría haber sido, sin embargo, aceptada por mi desquiciada mente, si no hubiera sido por lo que el Fenicio cantaba: una letanía alucinante, imposible; un versículo que había leído cientos de veces: la oración que nos torturaba…

Las palabras que nos obsesionaban y no nos dejaban dormir.

El Fenicio cantaba:

—¡Iä! ¡Iä, Cthulhu ftaghn! ¡Ithaqua mwflgw'nafh ftaghn!

—¡Otro feca, Gallego!

El bar estaba vacío. Sólo Marcial, el Fenicio y yo, sentados junto a la ventana, tomábamos café y mirábamos pasar las chicas, mientras delineábamos nuestro siguiente paso. Una rubia impresionante subió al auto del que la seguía, y yo me quedé callado, extasiado por el fácil éxito del tipo. También, con ese auto, cualquiera…

La voz del Fenicio me llamó a la realidad.

—…y en ese momento sonó el teléfono, y Nicolás atendió. Bueno, yo le pedí que atendiera, ¿no? Y bueno… Sentí como… ¿Viste una borrachera suave? ¿Cuando todavía no estás del otro lado pero te falta poco?… Bueno, así se siente uno.

—¿Recordás que te haya hablado? —lo interrumpió Marcial—. ¿Sentiste voces?

—No. Solamente la mía cuando decía la frase de invocación. Y, te lo juro, Marcial, por mi madre, que mientras la recitaba gozaba, gozaba… como si hubiera estado con una mina.

—¿Placer físico?

—Indudablemente. Y yo sabía que iba a tener más, si lo dejaba. Pero Nicolás me fajó tanto que me hizo volver a la realidad —me miró, sonriendo—. Pegás fuerte, ¡hijo de puta!

—Ya sé, Fenicio. Perdoname.

—Qué perdoname ni perdoname. Si vos no me sacabas del

trance, el desgraciado aquél me llevaba.

—No, Fenicio —terció Marcial—. No te hubiera llevado… porque no estuvo realmente ahí. Creo que se equivocaron en parte del ritual.

—Sin embargo, estoy seguro de que hicimos todo tal cual indica Alhazred.

—Está bien. Pensá lo que quieras. Pero… ¿querés un consejo? Andá a buscar el Libro y comparalo con los malditos apuntes de Altmann, porque yo creo que el ritual está mal transcripto.

—No podemos buscar al viejo Altmann para preguntarle —dije yo—. Murió hace tres años.

—Y —terminó Marcial— ustedes ya saben que no me gusta que anden en cosas como ésta. Pero no puedo atarlos y encerrarlos para impedírselo. Sin embargo, ustedes son mis amigos y creo que merecen un consejo. Esta vez no pasó nada, Fenicio, salvo un susto. Pero si el ritual está equivocado, la próxima vez puede no ser así. Ese ser no llegó hasta ustedes… pero estuvo cerca. —Terminó de un trago su ginebra y se levantó. Dejó un billete sobre la mesa y nos palmeó el hombro—. Se los digo porque los quiero: rastreen los apuntes de Altmann y revisen el ritual.

Y, sin decir una palabra más, salió del bar y desapareció en la calle.

Conocí a Altmann hace ahora cinco años, una mañana de invierno.

Yo había ido a la Biblioteca Nacional detrás de unas fotocopias del **Mutus Liver**, de Paracelso.

El viejo estaba sentado, leyendo a Poe, y yo me ubiqué a su lado. Las fotocopias, obtenidas del último ejemplar existente de la obra, llamaron inmediatamente su atención.

—¿Le interesa la alquimia? —pregunté.

—Cadaver acqua forti dissolvemus, nec alicquid retinendum…—citó, sonriendo.

—Tate ut potes—respondí.

Ese primer día conversamos sobre generalidades. Me habló de su pasión por la alquimia y de sus experiencias de magia ceremonial. Yo le confié mis alucinaciones oníricas y mi sociedad con el Fenicio.

Pareció complacido.

—Es bueno —dijo— que unos muchachitos como ustedes se interesen por el saber de Los Antiguos.

Y un buen día, mucho tiempo después, me entregó sus manuscritos. Recuerdo haberlos copiado con cuidado, pero, en ocasiones como ésa, bajo una emoción tan grande, uno no puede estar seguro de nada.

Después de eso, la siguiente noticia que tuve de Altmann, dos años después, fue que su hija lo había asesinado.

Tuvimos grandes dificultades para encontrar su casa. Yo recordaba haberle escuchado decir que vivía en Caballito, pero ese único dato no fue suficiente. Pasamos varios meses buscando algo que nos acercara más a nuestro objetivo, pero no fue sino hasta hace poco que obtuvimos resultados.

Una tarde el Fenicio apareció por casa con una chica del brazo: una morochita linda y segura de sí misma. Se la había levantado en el taxi que manejaba.

—Che, Almirón. Te presento a María Pía, mi novia.

Tuve que hacer grandes esfuerzos para contener la risa. Era la primera vez en mi vida que le escuchaba emplear la palabra “novia”.

—Trabaja en el Registro Civil, viejo. ¡En el Registro Civil! Yo le comenté nuestro… —buscó la palabra adecuada— …problema, y ella cree que nos puede ayudar a ubicar el domicilio de tu… tío —mintió.

Le expliqué a la muchacha el problema con el cual nos enfrentábamos. Le dije que Altmann había combatido en la Segunda Guerra, en la **Kriegesmarine**, y que posiblemente había estado a bordo del **Graf Spee**. Le di, además, los pocos datos adicionales con los que contábamos: tenía una hija, vivía en Caballito, cerca de Parral y Neuquén, y el Registro Civil debía haberlo dado de baja por fallecimiento. La chica debe haber revuelto hasta el infierno, pero al cabo de unas semanas nos trajo la respuesta: la viuda de un tal Manfred Altmann, asesinado por su hija en agosto de 1980, vivía todavía en una vieja casona con jardín en Giordano Bruno y Colpayo, justo en la esquina, cerca del lugar donde ambas calles confluyen con Bogotá.

Al día siguiente, un hermoso domingo de sol, fuimos a ver a

la vieja.

Me presenté gentilmente, como un amigo de Altmann. Se suponía que ella debía permitirnos registrar las cosas del muerto, por lo que debíamos ser muy simpáticos y versallescos. En caso contrario, tendríamos que apretarla un poco.

Pero, para nuestra sorpresa, la mujer no opuso reparos, y, varias horas después, luego de revisar hoja por hoja lo que parecían ser un par de cientos de toneladas de anotaciones del viejo, hallamos lo que buscábamos: lo reconocí de inmediato. Eran los mismos apuntes que yo había visto aquella vez en la Biblioteca Nacional. Le pedimos permiso para fotocopiarlos, pero ella dijo que odiaba esas porquerías, que a causa de ellas su esposo había arruinado varias vidas: la de él, la de ella y la de la hija, y que nos lleváramos los papeles si se nos antojaba.

De manera que, con los manuscritos de Altmann sólidamente instalados bajo mi brazo, caminamos las pocas cuadras que nos separaban de Primera Junta.

No había nada incorrecto en mi copia. El manuscrito de Altmann, ilegible para cualquier profano —él mismo me había detallado muchos de los giros idiomáticos intraducibles que intercalaba, en alemán, sumados a las frases griegas y los latinazgos —, estaba bastante claro para mí, y puedo jurar que no había errores. El ritual que el Fenicio y yo habíamos llevado a cabo era una imitación fidelísima del que prescribían las anotaciones del viejo mago.

Entonces, ¿qué era lo que había salido mal? Evidentemente, apoderarse del cuerpo de uno de los operadores no era ni había sido nunca parte de los métodos de El-que-camina-en-el-viento, pero había ocurrido.

¿Por qué la frase en el inmundo idioma de Los Profundos?

¿Qué había ocurrido?

El siguiente paso no iba a ser tan simple como los anteriores: el Fenicio y yo teníamos que triunfar allí donde tantos otros investigadores habían fracasado: localizar un ejemplar del **Necronomicon** para obtener el ritual original y completo, sin las mutilaciones y censuras que le fueran impuestas por las posteriores traducciones al griego y al latín.

Yo sabía que Altmann había hallado el único ejemplar existente en América, aparte del de la Biblioteca Peabody de Salem,

Massachussets. Lovecraft lo cita como perteneciente a la Biblioteca de la Universidad de Buenos Aires. Sin embargo, pudo haber estado mal informado o tergiversado voluntariamente la información. De cualquier modo, no teníamos otra alternativa que intentar en Buenos Aires o volar hacia Salem, denominada Arkham por el escritor, para tomar por asalto la biblioteca de su imaginaria "Miskatonic University".

Nos íbamos acercando lentamente. Tuvimos que gastar íntegros nuestros de por sí magros ingresos y pedir prestada una buena cantidad adicional para sobornar con gentileza a uno de los más altos funcionarios de la Universidad de Buenos Aires a fin de que nos revelara el esquivo destino del maldito libro.

Nos dijo que en el mundo no existían once ejemplares, como creíamos, sino doce, de los cuales tres se encontraban en América. Uno en Salem, como correctamente señalaba Lovecraft. Los otros dos, uno en su versión árabe original y el otro en la traducción latina de Wormius, efectivamente habían pertenecido a la Universidad de Buenos Aires. Hacía unos años, por razones que no vienen al caso, y por presiones de presidentes que no mencionaré, tuvieron que ser cedidos, uno a la Biblioteca Nacional —el árabe— y el otro a la Universidad Nacional de Córdoba.

—Estoy harto —dije.

—¡Valor…! Es posible que Lovecraft estuviera en lo cierto —me consoló el Fenicio—. Miralo de la siguiente manera: si está en la Nacional, muy bien. Si no, cabe preguntarse si nuestro afán de conocimientos justifica hacerse un viajecito a Córdoba o a Estados Unidos.

Pero todo el argumento era improcedente, porque los dos sabíamos que, a esa altura, encontrar el ejemplar perdido del **Necronomicon** era, para nosotros, más importante que nuestras propias vidas.

México entre Perú y Bolívar.

La vieja y querida Biblioteca Nacional, la misma que me había iniciado en la alquimia y la magia.

El lugar en donde, encerrado en algún reservado donde nadie podía entrar, codeándose con **el Ars Magna et Ultima**, con la **Dæmonolatreia**, con la **Clavis Alchimicæ** y el

Unnausprechlichten Külten; entre obras de Remigius, Raimundo Lulio, Paracelso y Hermes Trismegisto, estaba el **Al Azif** de Abdul Alhazred, llamado "el libro maldito". La nefasta obra, que, con su título griego de **Necronomicon**, escrita hacia el año 730 por un demente, nos esperaba.

Nos costó bastante delinear nuestra estrategia inmediata.

—Vamos a tener que usar tus dotes de seductor, Fenicio.

—No hay problema. La primera mina que se me cruce…

Entramos discretamente. Fuimos derecho al mostrador y llenamos una ficha cada uno: yo pedí **La Rama Dorada** y él **El Rey Amarillo**. El empleado no reparó en la clase de títulos que solicitábamos y nos miró con la estudiada indiferencia de los empleados públicos.

Mientras esperábamos que sirvieran nuestros pedidos, observamos el movimiento dentro y fuera del salón principal.

Junto a nosotros pasó una mujer en guardapolvo celeste, acarreando con esfuerzo una pila de polvorientos biblioratos.

Debía tener cerca de cincuenta años, y no estaba en la plenitud de su forma física. Más bien, era algo obesa.

—Es la tuya, Valentino.

El Fenicio dio un paso al frente, como en la colimba, y la interceptó.

—Buenos días, señorita —dijo, con su acento más sensual—. ¿La ayudo?

—Eh… —dijo ella, sonrojándose hasta los anteojos—. N…no, gracias.

—Pero yo no me muevo de acá hasta que no me deje ayudarla. —siguió el Fenicio, tomándola garbosamente de la muñeca. La vieja, extasiada en la contemplación de los ojos celestes del desgraciado, lo dejó hacer. El tomó los libros y la siguió escaleras arriba.

Cuando, diez minutos después, el empleado volvió con los títulos que habíamos pedido, me preguntó, ceñudo, levantando **El Rey Amarillo**:

—¿Y su amigo, el que pidió esto?

—Se casó —contesté, y me le reí en la cara.

El Fenicio volvió al galpón de Tortuguitas dos días después. Yo no

me había preocupado porque sabía por experiencia que, cuando entraba en la cama de alguna mujer mayor, no lo dejaban salir por bastante tiempo, tanta era su habilidad como **latin lover**.

Así que cuando llegó, le dije simplemente:

—¿Qué hay de nuevo?

—Asombro de estar vivo. No sé cómo no me morí de asco.

—Bueno, no será para tanto…

—¿Vos la viste? Si hasta tiene bigotes…

—Bueno, pero vas a tener que aguantar hasta que le hayamos sacado el jugo. ¿Qué averiguaste?

—Bastante. La gorda es supervisora. Dice que en el salón de Reservados hay algunos libros en griego y en latín, pero ninguno en árabe. El nombre **Al Azif** le suena, pero nunca oyó hablar de Alhazred, del **Necronomicon** ni de Worm.

—¿O sea que perdimos?

—Todavía no. Hay una sala especial, de uso exclusivo del Director de la Biblioteca. Es como una super-sala de Reservados, donde nadie entra si no es con el Director o con el Ministro de Educación. ¡Y yo me juego a que el libro está ahí!

—¿Y cómo entramos?

—Ese es el problema. No dejan entrar ni a los filólogos de la Universidad.

—Entonces, la solución sería conseguir la llave…

—¡Almirón! ¡No seas idiota! Si te estoy diciendo que las únicas llaves las tienen el Director y el Ministro…

—Que la gorda las afane…

—No puede.

—¡Pero tiene que haber una forma, carajo!

Evidentemente, la había. El Fenicio hizo el trabajo fino: a la semana se había ido a vivir con la supervisora. Y, paralelamente, obtuvo los informes que necesitábamos.

El plan era el siguiente: entraríamos a la Biblioteca por la tarde, esperaríamos hasta la hora de cierre, y, sencillamente, nos quedaríamos adentro cuando cerraran. Del sereno, de la puerta del reservado y de la huida me encargaría yo. El Fenicio ya había hecho bastante.

De manera que nos pusimos en campaña.

El día elegido por la gorda había sido el viernes, porque ese día el sereno usual era reemplazado por un viejito diminuto y senil que nos daría muchos menos problemas.

Entramos a la Biblioteca como siempre, y leímos hasta cansarnos. La mujer nos hizo la seña de “vía libre” exactamente a las 20:54. Entonces el Fenicio fue al baño, y yo enfilé hacia la ventanilla donde nos habían, como a todo el mundo, retenido los documentos.

Mientras yo esperaba que el tipo me atendiera, la vieja lo llamó desde otra extensión y lo mandó a hacer no sé qué cosa a la calle. Él se negó, pero finalmente la mujer lo convenció ofreciéndose a reemplazarlo por algunos minutos.

Una vez que el fulano se hubo ido, ella me devolvió nuestros documentos e hizo desaparecer todas las fichas y formularios que probaban nuestra presencia en la Biblioteca ese día.

Si el empleado nos relacionaba con los vándalos y buscaba mis datos en formularios correspondientes a visitas anteriores, se debería exclusivamente a una inexplicablemente improbable coincidencia y no estaba en nuestras manos evitarlo. Paralelamente, si saltaba la liebre, la vieja se incriminaba con su complicidad, pero desconocía todos los datos verdaderos acerca de nosotros, así que estábamos bastante tranquilos.

Una vez que el asunto de los papeles estuvo listo, la mujer me encargó que le dijera al caradura del Fenicio que se cuidara, y yo volví a entrar en dirección al baño de hombres.

El Fenicio estaba hablando con el encargado de la limpieza, mientras se lavaba las manos.

El hombre estaba de espaldas, así que calculé un golpe no demasiado fuerte, y lo puse a dormir.

Lo encerramos en un excusado y esperamos a que se fuera el personal. Según nos había dicho la supervisora, el sereno se quedaba absolutamente solo a las 21:30 y entonces comenzaba su primera recorrida de inspección por el edificio.

De manera que, cuando entró en el baño, yo, que lo esperaba atrás de la puerta, le dí una piña suave, y lo puse en compañía del peón de la limpieza a hacer la siesta.

Finalmente, guiándonos por los planos que había dibujado la vieja, llegamos a la bendita sala de reservados.

Me dispuse a derribar la puerta.

—Che, Almirón… ¿Y si hay una alarma?

Lo miré, incrédulo.

—Sos pavo, ¿eh? ¿Si hubiera una alarma, tu “novia” te hubiera avisado, no? Y, además, estos tipos no tienen plata para reponer libros ni para matarratas, y vos querés que se compren una alarma…

Y, hombro con hombro, la tiramos abajo.

Adentro de la habitación había muy pocas cosas: un escritorio y dos vitrinas. En una de ellas, el **Necronomicon**.

Lo reconocimos en seguida. Su olor pútrido inundaba la estancia y había impregnado las cortinas, la madera del piso, hasta el revoque de las paredes. Estaba encuadernado en tablas, como sospechábamos, forradas en piel humana, y los caracteres grabados en la tapa eran muy antiguos. Rompimos el vidrio.

Colocamos el precioso volumen en un morral que llevábamos al efecto, subimos a la azotea, y saltamos de terraza en terraza hasta ganar la calle y desaparecer en la noche.

Pasamos semanas con el traductor, desenredando los malditos firuletes de los caracteres árabes. El tipo se reía, creía que éramos profesores o algo así. Lo recibíamos en casa de Marcial o en lo de Fanny, porque… ¿Qué profesores habitarían el mísero galpón donde vivíamos?

Pero el traductor tenía problemas con los arcaísmos, y parece que en el mundo no quedan muchos especialistas en árabe del siglo VIII. Tampoco acertaba con la fonética de las palabras Profundas.

Sabemos que ése fue precisamente el problema del Maestro, pero a él, sencillamente, se lo resolvió el protagonista de su primera invocación. Nosotros no habíamos invocado a nadie, y el problema debía ser resuelto por alguien de **esta** dimensión.

Después de mucho escribir, transcribir, traducir y revisar, llegamos al ritual de las Divinidades Aéreas y a la invocación a Ithaqua, el Wendigo, El-que-camina-en-el-viento.

Una vez concluido el trabajo, pagamos los honorarios del traductor y nos decidimos a hacer, esta vez, el verdadero trabajo.

Los dos pentáculos ya estaban listos. La grafía de las palabras Profundas no fue problema, porque Alhazred la citaba

detalladamente. Habíamos decidido utilizar la invocación que Lovecraft da como útil para obtener la protección de Azatoth: queríamos evitar episodios como el de la vez anterior.

Voy a utilizar el latín para transcribirla, porque no quisiera que un lector desprevenido acertara por casualidad la pronunciación Profunda y se metiera en problemas.

Me senté en el sitio reservado al operador, recogiendo los pliegues de mi túnica, y entoné el antiguo ensalmo de más allá de las Esferas:

—”**Tibi magnum innominandum, signa stellarum ut quae...**”

La endeble construcción del galpón se sacudió.

Miré al Fenicio que, como en trance, miraba fijamente un punto más allá de la ventana.

—¡Allá voy, Fenicio! —grité, pero el viento apagó mis palabras.

Y, entonces, arranqué de mi garganta la invocación central, el patético llamado a un ser de otra dimensión, el picaporte que abría la puerta a otro plano de existencia, mil veces más horrendo y repulsivo. Asombrado por la oquedad de mi propia voz, comencé a canturrear la fórmula de entrada.

Un relámpago cruzó el cielo. El piso tembló con un estertor agónico, como un avión atrapado en la tormenta.

Terminé de hablar, y me volví hacia mi compañero.

Pero lo que había a mi espalda no era el Fenicio. Ni siquiera era un ser humano. Su cabeza iba transformándose en una especie de cono gelatinoso, ornada por una corona de ojos de batracio con pupilas verdosas. Su cuerpo era ya una masa amorfa con aspecto aterciopelado, pero el aparente vello estaba formado en realidad por miles de pequeños tentáculos rematados, cada uno, por una pequeña boca armada de filosos dientes serrados. El alucinante conjunto se bamboleaba sobre un trío de repulsivos tentáculos, que, cual gigantescas serpientes, se desenrollaban en busca de una mejor superficie de apoyo.

El espantoso ser gritó.

Y su grito no se parecía a ningún otro sonido de la Tierra y, sin embargo, era la esencia de todo el dolor, todo el odio y toda la perversión de mil Universos. Ese grito era la evidencia de su origen extracósmico.

Los vidrios estallaron hacia afuera. Las chapas del techo se

desintegraron, corroyéndose, fundiéndose en regueros que goteaban hasta el piso de tierra.

El Fenicio ya no existía. Había absorbido la esencia de la maldad galáctica, de la perdición universal, que la invocación errónea había condensado en ese cuerpo horrendo.

Porque, en ese momento, me di cuenta de que Marcial tenía razón.

La fórmula de invocación a Ithaqua estaba mal transcripta. Quizás Altmann hubiera cometido los mismos errores de interpretación que nuestro traductor; tal vez mi pronunciación no había sido perfecta.

Lo cierto es que Ithaqua, molesto, había enviado a uno de sus mensajeros, Shub-Niggurath, la diabólica Cabra Negra de los Bosques, para que individualizara el origen del, para él, desagradable sonido.

Y esta vez había logrado entrar. Mi oración a Azatoth se lo había permitido.

El monstruo se volvió hacia mí, con un gorjeo demente. Uno de sus tres tentáculos se deslizó en mi dirección.

Yo no pude contenerme más: tomé un bidón de gasoil que el Fenicio guardaba en un rincón y lo vacié sobre la bestia. Luego, sin siquiera respirar, le arrojé el incensario de bronce que Altmann me había regalado hacía tiempo.

Salí del galpón, y corrí y corrí, mirando hacia atrás a cada paso, aterrorizado, sólo para ver a la maldita cosa, llameante, lanzando horrorosos alaridos de agonía, elevarse en el aire y desaparecer a través de un agujero en el cielo, el hoyo espacio-temporal abierto por la invocación.

Y sé que la Puerta sigue abierta, porque nunca pude cerrar la operación, obturando así el canal de entrada a nuestro Universo. La invocación contraria sencillamente no funciona, o tal vez yo no soy capaz de hacerla funcionar.

De modo que no tengo esperanza en el futuro.

Por eso vivo temiendo, esperando el día en que Ithaqua, el Wendigo, envíe a otro de sus espantosos mensajeros para llevarme con él; para arrastrarme a través de los helados espacios del Vacío Externo; para obligarme a comparecer, solo y aterrado, custodiado por los horribles vigilantes, ante la Horrenda Presencia.

Marcelo Dos Santos nació en Buenos Aires en 1961. Es casado, tiene 3 hijos y vive en Florida, en la Provincia de Buenos Aires.

Estudió Medicina, Dirección Cinematográfica e Informática.

Crítico profesional de cine y literatura, guionista y productor de cine y televisión, animó las secciones de espectáculos en varios programas de Radio Excelsior, Radio Cultura, Radio El Sol y Canal 9 de Buenos Aires, escribiendo regularmente en las revistas Film (Buenos Aires), M Cine (Montevideo) y numerosos fanzines.

En el ámbito literario, publicó relatos de ciencia ficción, fantasía y horror en varias revistas no profesionales de Buenos Aires y Rosario. También tradujo varias obras de reputados maestros de la ciencia ficción, como Frank Herbert y Norman Spinrad.

Dos Santos tiene terminadas *Padres y Madres*, volumen compuesto por dos novelas cortas de ciencia ficción y fantasía, *Gorgona, el Tercer Atentado*, novela de acción y suspenso, y *Glup*, relato concebido para ser editado independientemente en forma de libro.

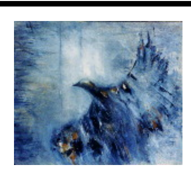
Este cuento compone *Últimas Visiones*, colección de relatos que son, en su totalidad, obras de género y fruto del trabajo juvenil del autor.

Galería

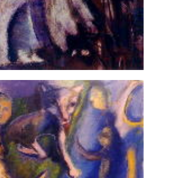
Liliana Beatriz García Nudelman

Liliana es Maestra Nacional de Dibujo y Profesora Universitaria de Artes Visuales Especializada en Pintura, recibida en el Instituto Universitario Nacional de Arte. Ejerce la docencia. Ha expuesto sus trabajos en diversas galerías. Le gusta leer filosofía, ensayos sobre arte, poesía. Posee un lenguaje intimista, indirecto. Dentro de obras del siglo XX le gustan mucho las de Miró, Tápies y Matta, entre otros. También le gusta mucho el Expresionismo Abstracto.











Encuéntrenos en http://axxon.com.ar
Otros números de Axxón Móvil: http://axxon.com.ar/c-Palm.htm
Comentarios y sugerencias: axxonpalm@gmail.com
Twitter: **@axxonmovil**
Facebook: **https://www.facebook.com/AxxonMovil**